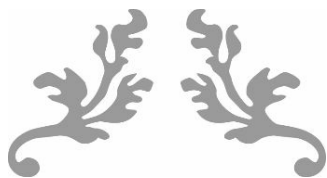


MAGENTA PERALES



BELLEZA CAPTURADA

SECUESTRADA Y CONVERTIDA POR EL AMO OSCURO



BELLEZA CAPTURADA

Secuestrada y Convertida por el Amo Oscuro



Por **Magenta Perales**

© Magenta Perales 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Magenta Perales.

Primera Edición.

Dedicado a Rae, Giulia, Kristina y Aurea

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click Aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

—Lorena, es necesario hacer el informe que te comenté para que se pueda presentar en la próxima reunión. Necesitamos unas cifras y también...

—Sí, ya lo tengo listo.

—Vale, también hay que hacer una traducción al inglés porque vienen de China...

—Sí, también lo hice. Son nueve informes listos, de los cuales tres están traducidos. Todos tienen sus estadísticas y números importantes para la evaluación que se tiene que hacer en las próximas exportaciones. Le mostré el documento al sr. Thompson y le pareció que estaba completo.

—Guao, la verdad es que suena más que estupendo. Me has quitado un peso de encima.

—Si quieres, revísalo con detenimiento y me avisas si hay que hacerle correcciones. Estaré atenta a la solicitud necesaria.

—Vaya, no lo creo. Tus informes siempre son muy completos y bien hechos. Confío en ti, y si ya el sr. Thompson revisó el contenido antes, pues mejor todavía.

Lorena esbozó una sonrisa de satisfacción, la verdad es que le resultaba agradable que la gente se diera cuenta de que se trataba de una persona sumamente capacitada y preparada en sus cosas. Era, quizás, la mejor secretaria de esa empresa y eso era un título que no le molestaba en absoluto.

Sí, ella era bastante buena en el trabajo, era responsable, dedicada y puntual. Todas esas cualidades le valieron algo importante, el reconocimiento de sus empleadores y un par de aumentos de sueldo con el paso del tiempo. Ganaba más que las demás, aunque eso se lo reservaba para ella misma.

Esa personalidad entregada y cumplidora en el trabajo, se debía en gran parte a su padre, un hombre que le enseñó la importancia de ser un buen profesional, independientemente del oficio. En su casa, había una clara cultura del respeto al trabajo.

Gracias a ello, su familia nunca presentó problemas graves económicos. El estar en una estructura bien marcada, les ayudó a combatir los días de las vacas flacas.

Sin embargo, si bien la vida laboral de Lorena podría considerarse como un éxito, su vida amorosa era todo lo contrario. Es más, era el desastre que la mayoría de los adultos tenían que enfrentar. Simplemente triste.

Esto se debía en parte a las inseguridades que sufrió cuando niña. Lorena era blanca, de ojos verdes y pelirroja, características que resaltaban a la vista, así que fue obvio que no tardarían las burlas.

La situación se acentuó más cuando llegó a la adolescencia. Se hizo larga y delgada, incluso más alta que muchos chicos de su salón. Las otras niñas la miraban con cierto celo y el resto de los chicos se sentían intimidados por su altura. Fue la mezcla perfecta para el desprecio.

Aun así, ella hizo lo posible para concentrarse en lo verdaderamente importante: la escuela. Quería estudiar y obtener buenas calificaciones para lograr un buen trabajo, así que hizo un enorme esfuerzo por permear las críticas.

Durante ese tiempo escolar, también formó parte del equipo de natación y atletismo. Sus profesores la veían como un claro ejemplo del estudiante modelo, aunque socialmente fuera un

fracaso. De no tener a un par de amigas, seguramente le hubiera ido peor.

Entró a la universidad y se especializó en finanzas y economía. Por supuesto, sus padres estaban muy orgullosos de ella. Fue claro que Lorena estaba siguiendo los pasos del éxito, así que la apoyaron en todo momento. Era brillante y preparada, nada podía salir mal.

A diferencia de la escuela, Lorena encontró un ambiente muy distinto en la universidad. De hecho, se encontró más cómoda y conforme con su cuerpo, aunque muchas de las heridas producto de la adolescencia, estaban allí, como un aviso de que nunca estaría completamente bien consigo misma.

Sin embargo, eso no fue impedimento para que probara las mieles de las nuevas relaciones que se le abrían paso. No sólo conoció personas con las que tuvo muchos aspectos en común, sino también tuvo la oportunidad de experimentar lo que era ser atractiva para los demás.

Los chicos ya no la miraban intimidados, sino todo lo contrario. Lorena era vista como una elfa de cabello rojo, como una diosa de piel blanca y cabello largo y espeso que levantaba las pasiones de los demás. Incluso, sus pecas, las cuales veía como un defecto, eran consideradas como sexys.

Por un momento estaba un tanto incómoda al respecto, la atención le producía un poco de ansiedad, pero luego se dio cuenta que la emoción no podía nublarle el objetivo de ser la mejor en los estudios.

Se permitió unas cuantas salidas, las cuales le mostraron que los besos eran lo mejor del mundo y que el sexo era algo que la llamaba constantemente. Estaba experimentando su despertar sexual, pero por alguna razón, no estaba demasiado decidida a dar ese paso tan importante.

Entonces, siguió en lo suyo en la universidad, en las saliditas, en los besos escondidos en las escaleras y en las reuniones con los amigos. En términos generales, no le iba mal y trató de aprovechar lo mejor posible esa época.

Poco antes de terminar la universidad, Lorena comenzó a solicitar empleo en las grandes corporaciones. No tenía tiempo para empezar desde lo más pequeño, ansiaba lo grande, lo importante y lo quería rápido. Su vida profesional tenía que despegar.

Su perfil resultó atractivo para una trasnacional que se encargaba de exportar papel para Estados Unidos, Europa y China. El que la chica supiera inglés y un poco de mandarín, fue estupendo para sus empleadores.

No obstante, la vacante era para secretaria y hubo una intensa discusión sobre qué hacer con ella. No la querían perder, pero tampoco podían ofrecerle algo que estuviera acorde con su preparación.

En una reunión para plantearle la noticia, le describieron el escenario anterior. Ella estaba un poco triste pero tuvo la sensación de que podía escalar en cualquier momento. Ya era suficiente logro estar allí y aprovecharía la oportunidad lo mejor posible, así que aceptó y comenzó a trabajar pocas semanas de graduarse.

Lorena ya tenía tiempo en la empresa y como fue de esperarse, la consideraron como una pieza clave en el lugar. Era una secretaria modelo, aunque su mente apuntaba hacia lo más grande. Mientras, no estaba incómoda en su puesto de trabajo, incluso la trataban más como una asistente, como una persona con un poco más de responsabilidades y eso a ella le encantaba.

Por otro lado, su encanto y personalidad liviana, resultó interesante para uno de los chicos de IT. Ella no pensó que fuera posible resultar atractiva para otra persona, pero fingió de nuevo sus ataques de ansiedad y miedos, así que pensó que quizás no sería tan malo vivir esa experiencia.

Salieron un par de veces y todo pareció ir de manera bastante predecible. El momento crucial

para Lorena fue el encuentro sexual. A pesar de no sentirse demasiado atraída por ese hombre larguirucho, supuso que darle una oportunidad no sería tan grave.

Decidieron que follarían en la casa de él, total, no quedaba demasiado lejos del restaurante en donde habían cenado y prefirieron un ambiente tranquilo y cómodo. Apenas entró, Lorena se sintió un poco fuera de lugar. Le llamó a la atención el desorden y el penetrante olor a cigarro. No entendió como un hombre de más de 30 siguiera viviendo como un crío.

El hecho es que trató de desechar esa incomodidad inicial y decidió concentrarse en el momento que estaba viviendo. Quizás no sería tan malo después de todo.

Él la tomó entre sus brazos y la llevó suavemente hacia el sofá que estaba apoyado en una pared de ladrillos. Ella se acomodó sobre él y comenzaron con los besos en serio. La emoción de estar en la intimidad con alguien fue disipándose poco a poco para Lorena.

La boca de su compañero, así como su lengua, denotaban poca experiencia y también tosquedad. Por si fuera poco, su falta de destreza también se extendía a sus “caricias”. Sus manos eran ásperas y sus dedos poco expertos.

El hecho es que ella decidió tener un poco de control con el fin de dejarle en claro que él podía aprender a cómo acariciarla y tocarla correctamente. Aun así, no aprendió en lo más mínimo y la angustia de una noche fallida se sentía cada vez.

Fueron a la habitación y procedieron a quitarse la ropa. Ese momento fue bastante impersonal para ella, quien le gustaba que la tocaran en todo momento. Tuvo que conformarse y ver aquello como una forma de transacción.

Se acostaron en la cama y la falta de besos y caricias hicieron que Lorena se pusiera de muy mal humor. Abrió las piernas y dejó que el hombre la penetrara sin demasiada coordinación. Ella, mientras tanto, miró hacia el techo, reprimiendo el suspiro de aburrimiento.

Cinco minutos después, él se corrió e hizo una especie de escándalo como dando a entender que había tenido el mejor polvo de su vida. Lorena se quedó en la misma posición y un pitillo en su bolso. Quizás así haría un poco de tiempo antes de irse.

—Venga, no sabía que fumaras.

—Ah, sí. Lo hago para relajarme un poco. ¿Quieres? —Ofreció ella por mera cortesía.

El tipo respondió que no e hizo un además de hacerle cariños a Lorena, quien en ese punto ya estaba bastante distante y fría. Lo dejó hacerlo por pura lástima y luego esperó un rato para ver si inventaba una excusa para irse a casa.

Apagó la colilla con cuidado y giró la cabeza con una historia para poder escabullirse. Sin embargo, se dio cuenta que él estaba profundamente dormido, así que cantó victoria para sí misma. Se movió con cuidado y se escabulló de la cama y se dispuso a vestirse con rapidez. Lamentó haber tenido demasiadas expectativas al respecto.

Cuando estuvo lista, caminó de puntillas y tomó los zapatos que habían quedado en la sala. Los tomó con delicadeza y giró la perilla de la puerta hasta que se encontró con el exterior. Se prometió a sí misma que no volvería a pasar por lo mismo nunca jamás.

Lo incómodo, por supuesto, fue el hecho de que tenía que enfrentar la segunda parte. Los encuentros casuales de pasillo y las miradas interrogativas. Lo cierto es que corrió con la suerte de que la habían mudado de oficina, así que la interacción sería la mínima. Menos problemas y más distancia que aprovecharía.

Ese encuentro fue una especie de representación de lo que era la vida de ella. Relaciones efímeras, sexo casual y pobre. Había días en donde se preguntaba a sí misma sería capaz de encontrar a alguien que le daría todas esas emociones que deseaba con fervor. No estaba segura.

Por otro lado, estaba cada vez más segura de algo muy importante, deseaba dar un vuelco en su vida sexual. Deseaba conocer a alguien que fuera capaz de tomarla, de domarla y enseñarle un mundo de posibilidades.

Sin embargo, pensaba que aquella posibilidad era bastante remota, sobre todo porque su vida prácticamente era su trabajo. Su propia ambición le estaba jugando en contra y pocas veces tenía consciencia de eso.

No quería que fuera alguien de trabajo, confirmó de mala manera que resultaba bastante engorroso e innecesario. Así que procedía a fantasear con la idea de que conocería a un hombre de porte elegante y potente, alguien que sería capaz de moverle el piso con tan sola una mirada.

—Tanto fantasear para nada, tía. Es mejor ponerse a trabajar y a darle caña.

De nuevo se ponía con el máximo de concentración y olvidaba por un rato en todos esos deseos reprimidos en su interior. Aunque sabía muy bien que no podría acallar sus sentimientos por mucho más tiempo. En algún momento tendría que aflorar esa mujer que deseaba salir.

II

Sonó el despertador como todos los días y Lorena se levantó de su cama con un poco de pereza. Siendo alguien con mucha estructura, se espabiló con rapidez y se levantó para ir a la cocina para prepararse un café.

Tenía la costumbre de levantarse más temprano que su compañera, una doctora residente del Hospital General y quien compartía con ella una serie de locos horarios. Si no la sentía en el piso, era porque estaba descansando después de la guardia.

Las dos habían logrado una convivencia sana y equilibrada. Priyanka no sólo se convirtió en una compañera de piso sino también en una amiga que respetaba su espacio y sus decisiones. De hecho, cuando lograban coincidir, solían comer o beber juntas mientras se ponían al día.

Lorena se acercó a la cafetera y luego alzó la mirada para ver la ventana de la sala que estaba revestida por unas cuantas gotas de rocío. La avenida estaba a punto de llenarse de coches y peatones, el caos estaba asomándose poco a poco y ella, quizás, era una de las pocas personas que serían testigo de todo aquello.

Esperó un poco más hasta que estuvo listo su café. Lo sirvió en una taza y se sentó un rato cerca de la ventana. Sabía que estaba un poco retrasada, según su itinerario, pero no le importó demasiado porque quería disfrutar ese momento en específico.

Se levantó, lavó su taza y se dispuso a ir a su habitación para preparar la ropa para el trabajo. Tenía la sensación de que ese día sería una aventura, que le traería algo que le cambiaría la vida por completo.

La oficina estaba un poco más movida de lo usual, esto era sobre todo porque estaba preparándose la reunión con un potencial cliente, quien se había interesado en la empresa y deseaba hacer una reunión para saber más de las potencialidades que podría obtener.

Lorena, como siempre, llegó más temprano que todos y se dispuso a teclear con velocidad con el fin de elaborar detallados informes para los potenciales clientes. A medida que iba llegando la gente, ella estaba con la cabeza metida en números y gráficos.

Después de terminar, comenzó a imprimir y luego fue hacia la sala de reuniones con el fin de preparar todo para la visita. Mejores sillas, acomodar la iluminación, y disponer los materiales para todos. Mandó a comprar un par de cajas de pastas variadas y también una jarra de café gourmet como estocada final.

Al cabo de unos movidos minutos, Lorena reportó a su jefa que ya todo lo tenía listo para comenzar.

—Estupendo, de verdad estupendo. No sé qué haríamos sin ti.

Lorena asintió con una enorme sonrisa y cuando estuvo a punto de irse, el sr. Thompson la detuvo.

—Lorena, en vista de tu desempeño y conocimientos sobre las actividades de la compañía, creo que sería buena idea que comenzaras a asistir a las reuniones. Karen y yo seremos los que hablaremos, pero podrías servirnos de apoyo y así te empaparías más al respecto. ¿Qué dices?

El rostro de Lorena se iluminó por completo. Tras arduos meses de trabajo duro, parecía que por fin estaba viendo los verdaderos resultados. Le estaban dando una oportunidad de oro, el mejor momento para comenzar una carrera próspera como había soñado alguna vez.

—Muchas gracias, señor. De verdad.

—Bien, están por llegar, así que prepárense y alístense.

Ambas fueron a la sala de reuniones y la jefa de Lorena le indicó que se trataba de una empresa muy importante y con conexiones con varios países de Europa.

—Quizás podamos expandir el negocio con ellos, es probable que tengamos la oportunidad de crecer más y esto estaría estupendo.

—Vaya que sí. —Respondió Lorena con grandes expectativas.

Para la reunión asistirían cuatro personas importantes. El dueño, el sr. Mallory, junto al gerente comercial y el de comunicaciones. La cuarta persona era el asistente del sr. Mallory, alguien de suma confianza para él.

Los cuatro entraron a la sala y todos comenzaron a saludarse y a estrecharse las manos. Se trataba de un momento muy importante y fue obvio que estaban que querían dar la mejor impresión. Sin embargo, hubo dos personas que se quedaron impresionados por Lorena y lo mantuvieron en secreto durante el tiempo que estuvieron allí.

El asistente del sr. Mallory, Erik, estaba sentado a cierta distancia. Lo hacía con frecuencia porque le gustaba mantenerse al margen de ciertas cosas para no interrumpir. Aunque lo suyo no fueran los negocios, tenía un buen instinto que su jefe había pillado y que había usado a su favor.

En esa ocasión, asistió por mero compromiso, realmente no era necesario, pero resultaba una costumbre propia del sr. M, una costumbre que estaba muy arraigada. A pesar que estaba un poco cansado y desanimado, Erik se fijó de inmediato en la pelirroja tímida que estaba sentada al otro lado de la sala.

El cabello de ella le caía a un lado de su hombro y notó el brillo de sus ojos verdes como si fueran un par de focos de luz potentes. Se sintió conmovido por la forma de sus labios, tan perfectos y delicados a la vez. El rosado de sus mejillas y la piel blanca que la hacían lucir como una ninfa de los cuadros renacentistas.

El impulso de admirarla todo el rato lo tuvo que reprimir porque solía ser bastante obvio con el interés que sentía por las cosas. Trató de evadir la mirada, de pensar en otras cosas, pero lo cierto fue que ella estaba allí, constante.

No obstante, también se percató de otra cosa, su jefe también se le había ido los ojos por ella. Supuso que pasarían un tiempo hasta que sucediera lo que presentía. Mientras, se quedaría sentado allí, observándolo todo como una especie de gárgola.

La reunión terminó tras una hora. La empresa quedó impresionada y quedaron en que revisarían los números para concretar los parámetros para la firma del contrato. Se sintió un aire de optimismo y, de nuevo, se volvió al ritual de las manos estrechadas y las despedidas cortas.

Erik echó un rápido vistazo a esa mujer antes de irse. Ella se despidió de él con una sonrisa y guardó la imagen que acababa de ver como una dulce fotografía.

El resto del grupo salió hablando de las posibilidades de crecimiento que tendrían con la empresa. Los números iban y venían, mientras que Erik y el sr. M se quedaron un poco rezagados. Ambos estaban concentrando sus pensamientos en esa chica que acababa de ver.

—Cuando llegemos, quiero que vayas directamente a mi oficina.

—Sí, sr. Mallory.

Los cuatro se subieron a un amplio coche y se dispusieron a andar hacia una de las torres más

grandes e imponentes de la ciudad. La misma, era el centro de operaciones de los Mallory, una familia que con diversidad de industrias que se cobraron importancia en los últimos años.

Apenas llegaron, el sr. M comenzó a andar por las instalaciones como el verdadero señor que era. La gente se abría paso a su andar y mostraban respeto ante la presencia de alguien que era visto como un magnate en todo su esplendor.

Por otro lado, Erik sospechaba un poco sobre las intenciones de su jefe. Él había vivido muchas cosas junto a él, así que casi se sentía capaz de leer su mente. Sabía muy bien cuándo una idea de le metía en la cabeza, y también sabía lo que era capaz de hacer por cumplirla.

Pero eso no era lo único que sabía de él, de hecho, también manejaba un secreto bastante poderoso y que casualmente, era uno de esos hilos que los unían. Tanto él como su jefe compartían la afición por el BDSM.

Esto hizo que su relación profesional fuera más allá, al punto de que el sr. M lo considerara prácticamente su persona de confianza. Ni su mujer, ni sus hijos. Sólo Erik, quien a veces sentía que era una carga demasiado pesada para él.

Después de hablar un poco sobre la reunión, Erik cumplió con la orden de su jefe. Al abrir la puerta de su oficina, lo encontró mirando hacia el gran ventanal, tomando un vaso de whiskey con calma.

—Creo que esa fulana reunión fue mucho más provechosa de lo que creí. —Dijo él.

—¿Sí? ¿En qué sentido, sr. Mallory? —Respondió Erik con duda fingida. Él no era un tonto, pero aquello también le servía para entender la mente de su jefe y también para no dársela de inteligente.

—Sí. Verás, fui porque me dijeron que podría ser una gran oportunidad de negocios y, si te soy sincero, tenía mis dudas. Bueno, es normal cuando sabes que puedes perder lo que tanto esfuerzo has trabajado, así que no me disculpo por ello. Sin embargo, cuando entré a ese lugar, me di cuenta de que resultó ser mucho más interesante de lo que pensé... -Hizo una pausa larga. —Esa chica de cabello rojo. La viste, ¿verdad?

—Sí, sr. Mallory.

—Sí. Una chica preciosa, preciosa como no había visto en un buen rato. ¿Sabes por qué? Porque, aparte de ser hermosa, bien tiene algo de autenticidad que ya no existe ahora. Se ve que es diferente, vulnerable y también moldeable.

En ese momento, el sr. M se giró para encontrarse con la mirada de Erik, quien tenía una expresión neutra y hasta casi vacía.

—Sí, es moldeable, Erik. Creo que lo sabes tan bien como yo. Por eso, he estado pensando en muchas cosas desde que salimos de allí, pero tengo que aclarar mi mente, tengo que pensar bien las cosas si no me quiero equivocar. Cuando tenga todo listo, te diré cuáles son mis planes.

—Entendido, sr.

Erik salió de esa oficina con la mayor tranquilidad del mundo, aunque no le sorprendió demasiado que su jefe hubiera demostrado interés en ella. Por otro lado, el conocer eso también le generó sentimientos encontrados. Hubiera preferido que no la hubiera visto nunca.

A diferencia de otros días, Erik salió temprano de su oficina. Fue hasta el garaje subterráneo y buscó su coche para irse a casa. Él también tenía mucho qué pensar.

III

Salió de allí como alma que lleva el Diablo porque ansiaba ir a su casa para servirse un poco de whiskey y pensar en lo que podía hacer... Aunque sabía que no había demasiado.

Por suerte, toda la vía estaba despejada y libre, así que podía pisar el acelerador tanto como quisiera. Esa sensación de adrenalina, le recordaba el gusto delicioso por el poder y el control. Era casi como recibir una inyección de la más potente droga.

Se detuvo frente a un semáforo y notó que la calle estaba vacía por ambos lados. La neblina hacía que las luces se vieran tenues y suaves, difuminadas en la oscuridad. En un momento, miró su reflejo en el espejo retrovisor. Vio el brillo de sus ojos y la seriedad de su expresión.

Sintió que los lentes le daban un aire más severo, aunque en realidad no estuviera molesto. Más bien estaba pensativo y quería saber lo que estaba sintiendo exactamente. Volvió a acelerar apenas la luz cambió a verde. Se sintió como esos chicos que son rebeldes y que les encantan romper las reglas.

Estuvo un rato así hasta que llegó a una zona residencial muy lujosa. El ser el asistente de un magnate empresarial, también tenía sus beneficios.

Aparcó el coche en el garaje subterráneo y dejó en Camaro encima del número de piso. Apagó el coche y sacó las cosas con las que solía trabajar todos los días: un par de libretas, el móvil y una pequeña caja que contenía unos cuantos bolis y lápices.

Caminó lentamente por ese espacio desierto y silencioso. Anduvo con lentitud y luego entró a los elevadores en cuanto pudo. Esperó a que se cerrasen las puertas y se quedó allí un rato.

Erik no pudo evitar encontrarse con su reflejo otra vez. Tenía la misma expresión severa que antes pero ahora la podía ver con mayor claridad. Se quitó los lentes y de nuevo aquellos ojos grandes y azules, casi blancos, más bien denotaban un poco de cansancio y tristeza.

Su traje negro, bien entallado y de marca, resaltaba su figura alta y atlética, además de su piel blanca. Su cabello rubio tirando a blanco, lo hacía ver casi como un ser mitológico. Su nariz recta, su frente dura y su mentón cuadrado, fueron rasgos que heredó de su padre, mientras que la seriedad de las formas y la extrema inteligencia, lo obtuvo de su madre.

Sus rasgos nórdicos lo convertían en un hombre sumamente atractivo y misterioso. Cualquier mujer que lo veía se sentía atraída por esa estampa tan peculiar, aunque no era así en su ciudad natal, un pueblo remoto de Islandia.

Tuvo que mudarse de allí apenas era un niño, por lo que tampoco tiene demasiados recuerdos de esa época. Lo cierto fue que a partir de ese momento, pasó a vivir en diferentes partes del mundo junto a sus padres. Conoció todo tipo de culturas y de gente, se nutrió de diferentes perspectivas y se hizo un hombre de mundo.

Destacó siempre por su carácter callado y paciente. No era alguien de hacer ruidos o de gritar, más bien prefería limitar la interacción porque así era él. Sin embargo, tenía un don natural para los deportes y para los estudios. Ambas cosas lo llevaron lejos.

Se hizo capitán del equipo de fútbol y también de atletismo. Incluso lo llegaron a postular

como líder de la clase pero su participación en los deportes le pareció que era más que suficiente para él. Un poco más, y ya sería demasiado.

Como se estaba haciendo más y más hombre, sintió un fuerte interés por las mujeres. Pero no encontraba ninguna que le resultara realmente llamativa. Las chicas que estudiaban con él le parecían sosas y no quería involucrarse con alguna que sabía era una niña malcriada más.

Un día estaba en sus asuntos, si demasiado interés, cuando miró en la calle a la primera mujer que le despertó una especie de deseo animal. La miró fijamente mientras ella pasaba entre los coches y la gente.

Tenía el cabello rizado, largo y negro, no era muy alta pero tenía un andar demasiado sensual. Piernas grandes, anchas, trasero prominente. El rostro cuadrado, los labios gruesos, los ojos grandes y negros y la piel morena. Era bella y exótica, y parecía que sólo él estaba allí para verla pasar.

Salió de su ensimismamiento cuando la perdió de vista. Se sintió como un tonto porque se dio cuenta que había perdido la oportunidad de verla, de hablar con ella.

—Soy un tarado. —Se dijo a sí mismo.

Sin embargo, Erik era una persona que había logrado sus cosas gracias a la constancia. Y no se daría por vencido tan fácilmente.

Durante unos meses, el chico se concentró en terminar sus estudios para prepararse para ir a la universidad. Estaba ansioso por hacer cosas nuevas y por salir de ese lugar porque ya estaba aburrido.

Pero, a pesar de la emoción que podría sentir, no podía dejar de pensar en esa mujer. Esa misteriosa tía que le quitó el aliento en cuanto la vio. Ansiaba mucho verla.

Se alistó con el fin de esperarla en el mismo lugar en donde la vio por primera vez. Albergaba la esperanza de toparse con ella, de hacer un acercamiento, por más tímido que fuera. Haría tripas corazón y se cansó de prometérselo a sí mismo.

Se sentó en un banco y se dispuso a esperar un buen rato. Llevó un libro con la excusa de que buscaba distraerse un poco, y también para no sentirse demasiado tonto porque esperaba ver a esa mujer.

Luego de un largo rato, justo cuando pensó que era mejor desistir, la volvió a ver. Sintió que todo estaba iluminándose con su presencia y que estaba cerca de que le pasara lo mismo de la primera vez. Por ello, trató de espabilarse lo mejor posible para que reunir las fuerzas necesarias y así decirle que ansiaba conocerla.

La vio entrar en una tienda de comestibles y fue hasta allí con todas las esperanzas del mundo. Entró y la vio entre los estantes buscando algo que tomar. Miró su perfil y se sintió más tonto que nunca.

Su rostro estaba iluminado por el brillo del refrigerador y sus ojos estaban concentrados en lo que quería alcanzar. Detalló su cuerpo, en la curva de su espalda, en la forma en cómo estaba vestida. Se veía bella.

Tragó fuerte y trató de acercarse sin parar un idiota o un acosador. De por sí era difícil porque no sabía cómo ella iba a tomar esa actitud. Sin embargo, por cuestiones del destino y la buena fortuna, justo cuando ella se disponía a pagar, tropezó y estuvo a punto de caer. Erik reaccionó con rapidez y la sostuvo con fuerza. Ella alzó la mirada, sonrojada y con pena.

—Uy, discúlpame, en serio. Casi me caigo sobre ti. Lo siento mucho, de verdad. —Dijo ella con sincera vergüenza.

Erik la miró conmovido y también un poco acelerado. Se sintió fascinado por el aroma de su

cabello, por el tono de su piel, por el brillo de sus ojos y por sus labios carnosos. Por supuesto que la iba a perdonar, por supuesto que la sostendría unos segundos más.

—¿Estás bien? No te preocupes, estas cosas pasan. Lo importante es que no te pasó nada.

Ella respondió con una genuina sonrisa y esa pequeña grieta fue lo que él aprovechó para por fin sacarle conversación. Se sintió con mucha suerte y estaba decidido a aprovechar eso lo más posible.

Después de ese momento un poco incómodo, ambos comenzaron a conversar un poco. Fueron hasta un parque cerca y hablaron por un largo rato. Erik descubrió que la chica realmente era una mujer de 32 años, escritora y que estaba quedándose en la ciudad por un proyecto.

Sintió un poco de pena por decir que tenía 18 años porque sabía que ella lo miraría como un niño, así que tenía que hacer el esfuerzo por demostrarle que tenía madurez suficiente para que pudieran hablar con la mayor comodidad posible.

—Gracias de nuevo, de verdad me sentí un poco mal por haberte casi caído encima. Juro que suelo tener más cuidado, aunque no lo parezca.

—Tranquila, de verdad. No es molestia para mí.

Para su sorpresa, Erik se dio cuenta que estaba sonriendo con ella. Había adoptado una actitud abierta y divertida, algo que no solía hacer en absoluto. Estaba saliendo de su zona de confort y estaba un poco descolocado por ello.

Tras tragar grueso un par de veces, él reunió en valor suficiente como para pedirle el número. Ella, a pesar que lo veía como un crío, le pareció lindo que tuviera la intención de pedir esa información y se la dio por una cuestión de cortesía.

Al regresar a casa, Erik se sintió más victorioso que nunca. Se imaginó a sí mismo con ella, haciendo cualquier cosa pero también inmensamente feliz. Ahora, lo vital era no pasarse de listo, era no dársela de demasiado inteligente o infantil. Tenía que hacer lo posible para medir sus palabras porque un error podría salirle caro.

Estuvo varios días pensando en lo que le diría. Quería encontrar las palabras correctas para afianzar su acercamiento. No quería ser bobo o poco interesante, quería llamarle la atención lo suficiente como para que quisiera otro encuentro.

“¿Crees que necesitarás de alguien que te sostenga?”

Le dio enviar con todo el susto del mundo. Estaba aterrado, al punto que podía escuchar el sonido de su corazón en sus oídos. Era como si dentro de él hubiera un enorme tambor que no parara de sonar.

Escuchó un ligero sonido y apenas tomó el móvil, sonrió. Se trataba de ella quien también le dio una respuesta inteligente y divertida. Erik sintió que estaba en las nubes.

Estuvieron hablando durante un rato y él sintió que estaba más divertido que nunca. Ella lo hacía reír y él esperaba que sucediera lo mismo con ella. Poco a poco estaba surgiendo una complicidad que le pareció más que estupenda.

Sin embargo, durante ese tiempo, Erik también se percató que su deseo estaba creciendo cada vez más. Ella tenía algo que lo volvía loco, algo que parecía despertarle esa bestia que vivía dentro de él.

Antes del encuentro, él pensaba constantemente en ella, la imaginaba de todas las formas posibles. Incluso podía respirar el aroma de su cabello y de su piel. Su mente retrataba a la perfección de su rostro.

Hubo una noche que regresó a su casa en la noche. Estaba en una reunión con amigos y estaba un poco tomado, quizás más de lo que hubiera imaginado. Se echó sobre la cama y se estiró sobre

la superficie a sus anchas.

Cerró los ojos y respiró con profundidad. Su mente comenzó a volar y recordó a esa chica de cabello rizado y salvaje. Sonrió y sintió una especie de calor que le nació en la boca del estómago. Se esparció por todo su cuerpo y sintió que no podía controlarse más.

Su verga se endureció con todo y sintió una enorme necesidad de tocarse y lo hizo. Apenas rozó sus dedos en el cuerpo de su polla y de inmediato comenzó a frotarse sin parar. La punta de su verga estaba empapada y su boca se entreabrió dejando escapar unos cuantos gemidos que tuvo que reprimir un poco.

La imagen de ella moviéndose lentamente sobre él. Sus curvas iban en un vaivén sensual y provocativa. Erik, mientras, en esa bruma de fantasía, estiraba sus manos para tratar de tocarla, para tenerla para sí.

Se volvió cada vez más tenso y más necesitado de estar con esa mujer. Sus danzas y movimientos lo llevaron a una masturbación más intensa y cuando no pudo más, explotó entre los dedos. Fue una especie de viaje intenso que lo dejó agotado.

Respiró agitado y aún con la potencia de las endorfinas recorrieron su torrente sanguíneo. Sin embargo, quedó allí, cansado y también con ganas de terminar con la espera y acercarse a ella, ya no podía más.

Después de unas cuantas conversaciones más, quedaron en encontrarse en el mismo parque de la primera vez que hablaron. Debido a la ansiedad que estaba sintiendo en ese momento, él se adelantó para ir primero.

Se preparó lo mejor que pudo y salió de su casa con rapidez. Por dentro, sentía que no podía más de la emoción, el corazón se le iba a salir del pecho en cualquier momento. Caminó tan rápido como pudo y se sentó incluso en el mismo banco de esa vez.

Se dispuso a esperar pacientemente. Sus piernas se movían sin cesar y sentía que no podría más. Sin embargo, el momento de verdadero alivio sucedió apenas la vio aparecer. Ahí estaba ella, tan bella y sonriente como la primera vez.

Erik se levantó de golpe, quizás por la pura necesidad de drenar un poco el exceso de energía que tenía. Ella, en cuanto lo observó, esbozó una gran sonrisa, esa misma que le daba la sensación de seguridad y tranquilidad.

—Vaya, espero que no hayas esperando demasiado tiempo.

—No, no. Para nada.

Erik hizo el esfuerzo de esconder que realmente había estado allí más tiempo gracias al nerviosismo. Lo cierto fue que se fueron a un bar para hablar mejor.

La chica estaba un poco renuente de estar con alguien tan joven, pero para ser sinceros, Erik estaba comportándose a la altura. Era encantador, gracioso y muy inteligente. Incluso ella llegó a olvidar que se trataba de un chico.

Los dos compartieron anécdotas y también los ánimos se alivianaron gracias al alcohol. De hecho, llegó un punto en que la distancia de ambos se volvió más estrecha, dejando entrever que estaban a punto de eliminar cualquier barrera que los separara.

En un momento todo se hizo silencio y ambos procedieron a mirarse mutuamente. Ella quedó impresionada por el cabello rubio y por esos ojos grandes y azules, casi blancos, que eran tan llamativos. De un momento a otro, tiró todo por la borda y se fue hacia él para darle un beso en los labios.

Por supuesto, Erik quedó impresionado por ese gesto, pero después de allí, las cosas tomaron un rumbo totalmente diferente. Ambos comenzaron a comerse la boca con desesperación, a tocarse

como si no hubiera un mañana. Por fin se hizo manifiesto ese deseo reprimido.

El interior de Erik volvió a recrear ese calor intenso de la primera vez que se masturbó por ella, con la diferencia de que debía actuar con sumo cuidado para no pecar de imprudente, aunque deseaba más que nunca el poder dar rienda suelta a todo lo que tenía por dentro.

Ella lo detuvo con ligero movimiento y lo miró de nuevo a los ojos. Se mordió la boca y estuvo un poco dubitativa por unos segundos. Luego, se acercó hacia el rostro de ese chico que parecía que iba a explotar en cualquier momento.

—Creo que es mejor que vayamos a mi casa.

Erik sintió que estaba viviendo en una especie de sueño hecho realidad. Daría un paso importante hacia su madurez y adultez. Entonces asintió levemente para luego pagar la cuenta de lo que consumieron e irse de ese bullicio.

Anduvieron por la calle como un par de adolescentes. Él estaba pleno porque se dio cuenta de que ella era una mujer realmente muy fogosa y que le gustaba demostrar sus ganas por medio de los besos y demás gestos. Él aprovechó esa oportunidad para explayarse también.

Caminaron unas cuantas calles hasta que llegaron a un complejo de edificios. Ella se adelantó un poco y se enrumbaron hacia la entrada principal. Después de unos cuantos saludos corteses, los dos aprovecharon para seguir con la faena en el interior de los elevadores.

El sonido les advirtió que habían llegado como tenían planeado, y salieron con las manos agarradas. El corazón de Erik comenzó a latir con particular fuerza porque se dio cuenta que toda la situación se estaba volviendo más real que nunca.

Después de unos cuantos movimientos en las llaves, ambos entraron y se encontraron con un espacio oscuro y silencioso.

—Tengamos cuidado porque una de mis compañeras de piso está aquí.

Él se limitó sólo a asentir y la siguió con pasos delicados hasta su habitación, la cual estaba en una parte convenientemente alejada del resto del piso. Ella abrió la puerta y luego la cerró para que ambos quedaran solos, por fin.

Erik sintió que toda la sangre se le había subido a la cabeza de un solo golpe. Esos instantes de silencio sólo hicieron que su morbo creciera aún más, así que aprovechó para ir hacia a ella, en ese gesto final de entrega. No podía más.

Los abrazos de esa mujer se abrieron para recibirlo y así comenzó la primera experiencia sexual de Erik, quien esa misma noche descubrió que sus gustos iban mucho más allá de lo convencional.

Se revolcaron en la cama con el afán de quitarse la ropa y también de besarse y tocarse. A pesar de no tener experiencia en el asunto, él no se sintió intimidado ni incómodo. De hecho, dejó que su propio cuerpo se encargara de explorar todas esas cosas producto de su propia naturaleza.

Quizás la parte más emocionante no fue necesariamente la penetración, aunque era claro que también moría por vivirlo. Sin embargo, todo el meollo del asunto radicó cuando la tomó por las muñecas y las extendió sobre la cama. Ejerció la presión de su cuerpo sobre el de ella y pudo sentir el roce de sus partes con las de su compañera.

Sabía que su coño estaba mojado y caliente, sus pechos rozaban con parte de su regazo y sus ojos se encontraron en un solo punto de deseo. Ese instante, ese preciso momento fue más que suficiente como para darse cuenta que eso era lo que deseaba en el mundo, el control.

Ejerció un poco de fuerza y dejó que su boca se dedicara a recorrer su cuerpo lentamente. También lo hizo con la punta de la lengua, mientras que ella no paraba de gemir ni de jadear. A ese punto se consideró como un verdadero ganador aunque sabía que tendría mucho que aprender.

Esa noche, Erik se dio cuenta que la posición de control y dominio era lo suyo, que le gustaba sentir que tenía el poder y que buscaría la forma de ejercerlo tanto como le fuera posible. Eso tenía mucho sentido, sobre todo porque se dio cuenta que era así en varios ámbitos de su vida personal.

La manoseó, la penetró con rapidez y desesperación, también la mordió como para darle a entender que quería marcarla en cualquier parte, de manera que ella recordara que él era la persona para ella y nadie más.

Terminaron echados en la cama, descansando y con las miradas hacia el techo. Ella sacó un pitillo para fumar y él aprovechó también para dar unas cuantas caladas. Se miraron por unas veces, como un par de cómplices, y luego volvieron a su posición inicial.

Esa no fue la última vez en que ellos se encontraron, de hecho, se volvió costumbre que se vieran e intercambiaran las ganas de comerse. El sexo se volvió cada vez mejor y más potente, sobre todo porque él estaba explorando una parte de sí mismo en donde se sentía cada vez más seguro de sí.

Sin embargo, hubo algo que él no midió, un detalle que obvio y que dejó pasar. El estar con ella lo hacía sentir particularmente bien, así que comenzó a desarrollar sentimientos hacia ella.

—Bueno, llegó mi tiempo de irme. El proyecto terminó y tengo que regresar a casa.

Erik se sintió impactado por la noticia. Dio por sentado que estarían juntos, así que no pudo evitar experimentar una especie de descolocación en su rutina. Ella, en cambio, se vio apenada por la situación porque también había sido una situación interesante, aunque se tratara de un niño.

No hubo despedidas porque a ninguno le gustaban, así que quedaron mejor en encontrarse una última vez. Un encuentro final en donde no tendrían tapujos ni miedos. Serían ellos mismos, más que nunca.

En ese punto, Erik desarrolló sus habilidades de amarres y shibari. Sabía torturar y también jugar con el tiempo del orgasmo de su pareja. Sin embargo, eso sólo le recordaba el nivel de compenetración que había alcanzado con ella.

La vio partir un día, sin que se diera cuenta. Miró cómo tomó su equipaje y entregó el ticket de abordaje para desaparecer entre la gente. Supo que no la volvería a ver, así que aprovechó para fotografiar cada instante para que no se le olvidara su rostro. Nunca lo haría.

IV

Esa relación lo dejó marcado para siempre, porque descubrió el tipo de hombre que quería ser en la intimidad. Con el tiempo descubrió que todo eso tenía un nombre, BDSM. Una comunidad en donde siempre se sintió como en casa, sin ser juzgado.

Su particular hermetismo, su personalidad silenciosa y observadora, esa forma de ver las cosas con tranquilidad, eran vistas como algo que era nada despreciable.

Desde ese momento, llevó su vida dos aspectos que logró compaginar sin problemas. La universidad y el BDSM. La vida de estudiante de informática y el Dominante que se encargaba de romperle la piel a todas las sumisas que quisieran.

Luego de terminar la universidad, fue absorbido rápidamente en una empresa de alto perfil. Era un consultor de informática y su éxito se hizo notable a uno de los magnates más importantes del rubro, el sr. Malcolm Mallory.

Mallory era heredero de un imperio empresarial impresionante y se sintió impactado por la sagacidad y el intelecto de esta persona. Por ello, no tardó demasiado en abrazarlo bajo su ala y enseñarle todos los conocimientos que tenía al respecto.

Con el paso del tiempo, el sr. Mallory vio en Erik una especie de hijo adoptivo, el chico que siempre quiso tener pero que no pudo porque no vio nada en especial en ninguno de sus descendientes.

Este nivel de confianza casi rayaba en lo bizarro. De hecho, Erik se dio cuenta de que su jefe tenía comportamientos particulares que le hicieron concluir que estaba metido en su mundo como él. El BDSM era otro asunto que los unía.

Erik pasó a aprender todo lo relacionado al oficio en cuestión. Sabía el movimiento de la bolsa, cuándo era el mejor momento de invertir y las precauciones a tomar en cuenta en los tiempos de crisis.

Si bien en su trabajo no le iba mal, a veces extrañaba disfrutar de sus propios espacios. De esos momentos en donde podía ser la persona que le diera la gana, sin que ello implicara un problema demasiado grande. No obstante, se sintió demasiado absorbido por el trabajo.

Justo en ese momento, se dejó caer en el sofá de cuero que acaba de comprar. El crujido del material lo hizo sentir conforme de haber adquirido una buena compra, a pesar de que resultaba ser un gusto un poco extravagante.

Se quitó los lentes y tomó el vaso de whiskey en la otra mano, meneó lentamente la bebida hasta que decidió tomar un ligero sorbo. El amargor del trago lo hizo sentir más cómodo y tranquilo que antes.

Cerró los ojos y le vino a la mente la imagen de la chica que había visto en la reunión. Se dio cuenta de que su jefe también había puesto los ojos en ella, así que resultó más que probable que él se estuviera preparando para una situación un poco descabellada. También estaba sintiéndose molesto por ser el mandadero del otro. No le resultó mala la idea de hacerse dueño de su propia situación.

—Quizás esto no termine bien. —Se dijo para sí mismo, antes de tomar otro sorbo.

Estaba tan cansado que se quedó dormido en cuestión de minutos. Quizás fue su cabeza la que necesitaba despejarse un rato, quizás era su cuerpo, pero lo cierto fue que Erik se desprendió de ese trozo de realidad y disfrutó de ello tras mucho tiempo.

El paso de los días los percibió sin mayor cambio o sobresalto. Erik estaba en su escritorio, ocupado en sus cosas, cuando recibió un llamado de su jefe. Se levantó y tomó de inmediato esa libreta que siempre tenía consigo, puesto que era una persona que le gustaba llevar registro de las cosas a mano.

Se paró frente a la oficina y tocó un par de veces. Escuchó un “adelante” y cruzó el umbral para encontrar a su jefe con el rostro serio como siempre. Erik asintió ligeramente con la cabeza y se sentó en una silla frente a su jefe. Se acomodó los lentes y abrió la libreta para comenzar a escribir.

—Verás, Erik, lo he pensado mucho y creo que ya me decidí respecto al asunto que te comenté hace unos días. Creo que es necesario que comencemos un plan.

—¿A qué se refiere sr. Mallory? —Erik no sabía realmente a qué se estaba refiriendo.

—¿Recuerdas la chica de la empresa? Pues, la quiero para mí, quiero que sea mía, que reciba el adiestramiento necesario para que se acople a mis necesidades.

—¿Y qué piensa hacer para lograr eso?

—Venga, Erik, creo que está más claro de que crees. ¿De verdad es necesario que lo especifique y desees que sea más claro al respecto?

Erik cerró el cuaderno y se acomodó de nuevo los lentes. Se aclaró la garganta y se quedó en silencio. Era obvio que procedería a escuchar lo que el sr. M tenía que decir.

—La vas a seguir. Vas a aprender todos sus movimientos. Averiguarás hasta el mínimo detalle para mí y sólo para mí. Luego, le darás el adiestramiento que le hace falta para que se convierta en la mujer que quiero para mí, en la sumisa ideal para que se desenvuelva en la esclava que necesito. ¿Entiendes lo que digo?

Erik asintió y tragó de nuevo otra vez porque temió por ese momento. Anteriormente, no le hacían falta esas cosas pero ahora estaba en una tremenda disyuntiva. Pensó en rehusarse, en huir, pero le pareció que era demasiado tarde para hacer algo de ese estilo, así que se reservó la opinión a sus pensamientos.

—Entonces, ¿cómo quedamos?

—¿Cuándo quiere que comencemos con la operación?

—Así me gusta, Erik. La verdad es que sabía que no me decepcionarías. Bien, en este caso, lo ideal sería comenzar a seguirla para que sepas bien cuáles son los hábitos que tiene. Mientras, yo me encargaré de plantear las cosas que deberá aprender para que nos las llevemos bien. ¿Qué te parece?

El plan de su jefe le causó un poco de molestia, pero sabía que retroceder podría jugar en su contra. No tenía las de ganar con un hombre tan poderoso como ese. Así que asintió con las instrucciones y preguntó si había algo más que añadir.

—No, creo que eso es todo. Ah, antes que se me olvide, me gustaría que cada cierto tiempo me dieras un adelanto de las cosas que ella hace. Ya sabes, para tener un poco de información de esa chica... Esa chica.

Su jefe quedó embebido en vórtice de pensamientos, maquinando y también fantaseando con la idea de tener a Lorena entre sus manos. Erik se excusó con delicadeza y salió de ese lugar envuelto en una especie de aura incómoda y también revuelta por otros sentimientos que estaba

experimentando.

Fue hasta su escritorio y dejó la libretita sobre la superficie de madera. Fue hasta el bar que estaba cerca y se sirvió un trago de whiskey a pesar que todavía era de mañana. Su política prohibía beber en la oficina, al menos a cierta hora de la tarde. Sin embargo tuvo la necesidad de pasar la noticia con algo fuerte.

Se sentó en la silla que no estaba demasiado lejos de allí. Dirigió su mirada hacia el ventanal que tenía en frente y se quedó en estado pensativo. La chica le parecía demasiado dulce y tranquila como para someterla a una situación como esa. Pero en fin, tenía que seguir las órdenes y ya.

El día transcurrió rápidamente y para Erik eso significó comenzar el plan que había acordado con su jefe. Terminó con lo que tenía pendiente y salió raudo. Cuando se ponía en marcha una situación como esa, no podía perder el tiempo.

Recorrió las calles con el rostro inexpresivo aunque estaba atento ante la hora porque tenía que dar con ella, para proceder a seguirla al lugar en donde vivía. Por cuestión de suerte, la encontró justo cuando se estaba subiendo a un autobús. Frenó lentamente y se quedó allí hasta que el autobús comenzó a marchar.

Trató de memorizar la ruta para inferir más o menos el lugar en donde ella vivía. Después de un recorrido regular, Erik llegó a una de las zonas más tranquilas de la ciudad, una bastante residencial y más o menos cerca del centro empresarial.

Detalló hasta lo más mínimo del lugar. Los árboles, las casas, los edificios, los coches y hasta los vecinos que pudieran estar allí paseando a los perros. El bus hizo una parada a cierta distancia y Erik aprovechó la oscuridad que había producto de la noche, para ver hacia dónde ella se dirigía.

Lorena se bajó y comenzó a andar un poco. Parecía embebida en sus pensamientos, sin la más mínima sospecha de que alguien pudiera estar allí, mirándola. Fue hacia adelante, para aprovechar la poca luz que estaba a su alrededor.

Por supuesto, lo primero que resaltó al verla, fue ese color rojizo intenso. La melena la tenía suelta y la misma ondeaba al viento. Su piel blanca y su figura delgada parecían un rayo de luz que rompía la oscuridad.

Él sintió una especie de cosquilleo dentro de su cuerpo, algo que lo hizo sentir un poco pequeño, un poco tonto pero también afortunado de poder ver a semejante criatura. Por supuesto, no pudo evitar sentirse mal al respecto, sobre todo porque ella no era como los animales que se movían en su entorno.

Se memorizó su nombre por la reunión, no por un mandato de su jefe, aunque se estaba inclinando por el interés que estaba sintiendo hacia ella. Volvió a echarse para atrás, echando su cuerpo sobre el asiento para saber hacia dónde se dirigía.

Lorena dobló una esquina y entró a la entrada de uno de los edificios que estaban allí. Erik buscó un trozo de papel y un bolígrafo que tenía en uno de los bolsillos internos de su traje negro. Ajustó los lentes y comenzó a anotar el número y nombre del edificio. También aprovechó para dibujar una especie de diagrama porque los dibujos lo ayudaban a ubicarse mejor.

Unos cuantos detalles más y listo. Lo siguiente sería averiguar el piso en donde vivía e indagar más sobre ella y sobre las cosas que hacía. Quería conocerla a fondo, no sólo por la petición de su jefe, sino también por la curiosidad que le despertaba.

Esperó un rato y luego echó a andar su coche. Mientras estaba dirigiéndose a casa, volvió a admirar el resto de las cosas que estaban alrededor para que no se le escapara ningún detalle.

Se encaminó para luego recabar más información. Estaba callado, más taciturno de lo usual. Ni las luces de la noche, ni los ruidos de la gente en la calle le hicieron sentir menos miserable como en ese momento. La verdad es que tuvo ganas de tomar el volante para irse tan lejos como pudiera.

Al contrario de sus deseos, permaneció en el mismo coche, anclado sabrá Dios por qué. Así que prefirió pensar en las cosas que tendría que hacer para llevar a cabo con su misión. Mientras más rápido, mejor.

Llegó a su casa en cuestión de minutos, esto porque tenía un sentido de la premura para averiguar más detalles de esa mujer.

Entró sin demasiada dificultad y se dirigió a la cocina. Allí colocó sobre el desayunador de granito su laptop, una MacBook Air de última generación, y comenzó a teclear con velocidad el nombre y la empresa en donde trabajaba Lorena. Quizás tendría suerte... Y así fue.

Logró dar con su perfil en LinkedIn y comenzó a explorar más sobre ese perfil que le llamó la atención. Tenía una foto de ella, sonriente y sin la más mínima idea de que la estaba viendo una especie de espía que estaba dispuesto a saber más de ella sin importar lo demás.

Siguió con su búsqueda, con su exploración. Pilló su experiencia y preparación. Se dio cuenta que se trataba de una chica inteligente y muy bien preparada. Quizás sería la chica consentida de la casa, esa que siempre se portaba bien y que no se salía de las normas de casa.

Leyó los comentarios de varios de sus compañeros. Todos decían que era una chica comprometida con su trabajo, muy inteligente y muy puntual. Al parecer, era una chica que sólo quería escalar en el mundo empresarial para tener éxito.

Erik siguió leyendo sobre ella. Dio con su perfil en Facebook y también de Instagram. Sacudió la cabeza porque se dio cuenta que ella no tuvo el más mínimo cuidado en cuanto a publicar información susceptible.

Gracias a ello, a esas brechas de información, a él se le hizo mucho más fácil en encontrar detalles de la vida de ella que seguramente le hubiera sido difícil. Se enteró, por ejemplo, de que era una chica tímida y que no prefería las salidas a discotecas. Le gustaba leer, caminar y escuchar música mientras, adoraba a los perros y le gustaban los árboles en otoño. Era sencilla con gustos sencillos.

Lo que más le llamó la atención es que ella no decía nada sobre estar o no en una relación. Era más bien discreta al respecto. Por lo general, la gente solía ser bastante explícita en ello, pero Lorena no. Lorena prefería dejar ese asunto en otro lado, sin que fuera demasiado público.

En vista entonces de que él no obtuvo demasiado sobre su vida amorosa, siguió con los demás aspectos de su vida personal. Detalló su familia, sus amigos, incluso hasta su estilo de ropa. Memorizó las sonrisas y los gestos de locura que hacía cuando salía en una foto.

Sus ojos comenzaron a sentirse cansados, por lo que prefirió apagar todo lo que tenía en frente y dejar para otro día el encargo de su jefe. Si bien tenía la premura de hacer las cosas rápido, quiso tomarse ese momento para sí mismo.

Dejó los lentes en la misma mesa y se levantó con un poco de pereza. Había sido un día particularmente largo y quería descansar con prontitud. Se dirigió a su habitación y poco a poco comenzó a despojarse de su ropa y de todo lo que tuviera encima.

Finalmente, llegó a su cama prácticamente desnudo. Se lanzó sobre ella y respiró tan ruidosamente que no le pareció que ese ruido lo causara él. El hecho fue que mantuvo los ojos cerrados y se quedó allí, abrazado a las sábanas blancas y bien perfumadas. Casi sintió que estaba en una burbuja y que nada lo alcanzaría. Aunque era todo lo contrario.

V

El día siguiente, así como el resto, el trabajo de Erik consistió básicamente en seguir y estudiar los movimientos de Lorena. Como se trataba de una chica con un horario bien establecido, no fue demasiado difícil aprender qué hacía y cuándo lo hacía.

Erik se memorizó la hora de entrada y de salida, las veces que salía a almorzar y también esas ocasiones que aprovechaba para comprarse un café en un local no muy lejos de su oficina. Guardó en su memoria los compañeros con los que más hablaba y también la ropa que usaba los viernes casuales. Prácticamente sabía todo de ella sin haberle dirigido la palabra.

Uno de los momentos que más les gustó, fue verla entrar a una peluquería. Ella lucía ese cabello largo y rojizo, aunque pareció que no estaba muy conforme con él. Llegó a leer que Lorena estaba preparando un cambio y parece que tuvo que ver con un asunto de imagen.

Esperó en el coche mientras ella estaba adentro. Salió un par de veces para tomar café y comerse algo. Le llamó la atención la cantidad de mujeres que estaban allí, como desesperadas en la misma faena, verse bellas.

En una de esas veces, la miró de reojo. Ella estaba sentada en el sillón, lista para ser atendida y justo allí estaba mostrando una foto de lo que quería como resultado final. La estilista asintió con una amplia sonrisa y de inmediato se fue a buscar sus implementos de trabajo.

Erik volvió al coche porque tampoco podía pasar por un acosador. Se sentó y se dispuso a beber y a comer y hacer tiempo. Se quedó allí por un rato hasta que la vio salir del local. Aquella imagen de ella le voló los sesos, le rompió las retinas. No pensó que fuera posible que se viera más bella de lo que ya era.

El cabello de Lorena, rojizo intenso, ahora estaba a la altura de su cuello. Las ondas naturales se acentuaron por la longitud, así que tenía un aire más juvenil y también sensual. Ella salió con una gran sonrisa y con un lenguaje corporal que denotaba seguridad. Claro que estaba contenta con el resultado final.

La boca de Erik casi le llegó al suelo. Ese corte de cabello pareció acentuar todos los rasgos bellos de su rostro. Se sintió como un niño, maravillado por ese espectáculo de mujer.

En cuanto se espabiló, encendió el coche con cuidado para seguirla de nuevo. Ella caminó unas cuantas calles hasta que llegó a un café. Se sentó en una mesa apartada y llamó al mozo. Pidió algo que Erik no pudo descifrar y se dispuso a esperar con tranquilidad.

En ese momento, Lorena apoyó su quijada sobre parte de la palma de la mano. Se dispuso a ver a la gente y todo lo que había alrededor. Tenía esa expresión se maravilla y agrado, como de alguien que se hubiera puesto unos lentes rosas para ver la vida.

Erik sacó su móvil y comenzó a fotografíarla. Aunque no era demasiado experto en el tema, lo hizo con la excusa de que le mostraría a su jefe los avances que había hecho en cuanto a la tarea que le había encargado.

Se quedó allí hasta que la vio partir. Pensó que lo mejor que podía hacer era no seguirla más, al menos en ese día. Estaba cansado y confundido, para decir no menos.

Cada cierto tiempo le decía a su jefe todo lo que había averiguado sobre ella. Solían hacerlo en la oficina, en el descaro de ese ambiente de trabajo y a la vista —y oídos- de todos Erik trataba de ser tan descriptivo como le fuera posible, así no tendría que repetir los detalles sin parar.

—Muy bien, muy bien. Creo que tenemos buena información al respecto. Me parece que podemos continuar con la otra fase.

—¿Cuándo sería conveniente implementarla?

—Uhm, eso estuve pensando desde que me comenzaste a hablar sobre su rutina. Bien, es mejor que la dejes de seguir, ya quedó más que demostrado que tiene una fuerte costumbre, así que creo que es conveniente que nos concentremos en otra cosa.

—¿En qué, sr. Mallory?

—En el lugar en donde la tendrás. Tu casa es poco conveniente, como habrás notado, así que hay que acondicionar un sitio sólo para que esté ella. Un lugar lo suficientemente alejado para que no haya temores ni preocupaciones de fisgones. Pensé en la cabaña que está en las afueras de la ciudad.

—¿Cuándo debería acondicionarlo?

—Lo más pronto posible... -Mallory se quedó pensativo, como si su mente se hubiera quedado sumergida en una especie de trance del que nadie lo podía sacar. —Ese lugar ese perfecto porque hay un sótano bien espacioso. Hay una habitación y un pequeño baño para el aseo. Tendrás un lugar ideal para que la entrenes para mí.

Esas últimas palabras cayeron sobre él, como un peso fuerte sobre los hombros. Sintió que le había caído una enorme responsabilidad. Así que sólo asintió lentamente para que la conversación no perdiera el hilo.

—Sal lo más pronto posible. No importa el tiempo que te tome hacer la logística, ya sabes que me las puedo arreglar aquí.

—Está bien, sr. Mallory.

Erik salió de la oficina con cierta prisa porque estaba concentrado en hacer las tareas que le habían encargado. De hecho, no se había dado cuenta en las implicaciones que había alrededor de esa decisión tan fuerte y total.

Recogió las cosas de la oficina y salió con rapidez. Bajó al aparcamiento subterráneo y se quedó sentado en silencio, tomando el volante con ambas manos y con la mirada fija hacia una pared que estaba cerca de él.

Encendió el coche e introdujo la dirección en el Google Maps porque no recordaba bien el lugar en donde estaba la fulana cabaña. Hizo unos cuantos movimientos con la palanca de la velocidad y comenzó el trayecto.

Los paisajes de citadinos y de asfalto comenzaron a fundirse con los altos árboles y los extensos campos de maíz que había alrededor de la vía. Poco a poco se volvió más campestre y también más alejado.

Dobló unas cuantas veces según las indicaciones del Google Maps. Se preocupó un poco porque debía continuar y se dio cuenta de la razón de la elección del sr. M. La cabaña estaba lo suficientemente lejos al punto de lucir aislada.

La aplicación le avisó que ya había llegado al destino. En cuanto alzó la mirada, se encontró con una imagen impresionante. La cabaña era más grande de lo que pensó. El perímetro, de hecho, era extenso y se pudo hasta imaginar las dimensiones del sótano.

Se bajó del coche y comenzó a andar. Miró hacia todos lados y no se escuchaba ni un alma. De hecho, lo que llegó a percibir fue el eco de sus pasos sobre la hojarasca. Mantuvo la mirada fija

hacia la puerta de madera y ahí sacó las llaves para ingresar.

Dio unas cuantas vueltas y entró luego de empujar levemente hacia adentro. Pensó que eso se trataba del tiempo sin que nadie se paseara por allí. Sin embargo, se encontró con una imagen diferente de lo que había esperado. El lugar estaba limpio y ordenado. Quizás era la costumbre de mantener las propiedades por parte del sr. Mallory.

Se paseó por la sala, la cual era amplia y de ventanales que dejaban entrar la luz del sol. Unos cuantos muebles de madera maciza, la chimenea sin encender y un poco más allá, la cocina que era abierta. Había una nevera, unas hornillas y un desayunoador ubicado en un espacio aparte y también iluminado.

Fue hasta allí para servirse un vaso de agua, o al menos para tratar de encontrar y revisar las alacenas. Abrió el refrigerador y sólo encontró una botella de agua con gas sin abrir. Aunque no era la mejor opción para él, la tomó porque de verdad tenía sed.

Antes de abrir la botella, revisó la fecha de caducidad y se sintió seguro. A lo mejor alguien la había dejado allí mientras acomodaba el lugar. Buscó un vaso, lo lavó y luego se sentó en una silla de madera junto a una mesa del mismo material.

Apreció el silencio con gusto, pero tuvo la sensación de que ese silencio, esa ausencia de ruido, era previo al caos que debía enfrentar. El secuestrar a una chica no sonaba a una actividad de todos los días. Más bien fue un asunto que le amargó mucho más de lo que hubiera pensado.

Terminó de beber y repitió el ritual para guardar el vaso. Siguió explorando el lugar. Primero, lo hizo en la planta principal, y luego se dispuso a buscar el acceso al sótano. Como se trataba de un lugar desconocido, se sintió un poco confundido.

Finalmente, encontró una puerta que estaba camuflada con una pared cerca de la cocina. Hizo una ligera presión y escuchó el chirrido de la puerta. Se encontró con un espacio oscuro, así que se apresuró en buscar alguna fuente de luz cercana.

Dio con una pequeña cadena justo encima de él y la empujó ligeramente para poder encontrarse con una mejor vista del sótano. Le llamó poderosamente la atención que el lugar se viera tan oscuro, a pesar que hacía un sol radiante.

Bajó las escaleras estrechas y ahí pensó que sería difícil llevar a Lorena por ese espacio, algo tenía que ocurrírsele, porque de lo contrario podría hacerle daño. Siguió bajando hasta que, en efecto, se encontró con un gran espacio, quizás en parte porque estaba prácticamente vacío.

Según lo que recordó de aquella conversación con su jefe, buscó la fulana habitación en donde estaría Lorena. Encontró una puerta en un costado de las paredes y abrió con cuidado. La habitación era amplia, despejada y tenía una pequeña ventana, por la cual entraba un poco de sol. Al menos no se veía tan lúgubre.

Revisó el baño y encontró que todo estuviera impecable. Volvió a salir y sacó las herramientas que estaban en esa especie de cuarto y las llevó al otro extremo del sótano. Se paseó por el lugar y se fijó que tendría que hacer algunos cambios.

Lo que le llamó la atención fue que había otra puerta en el exterior que daba hacia un garaje. Por fin encontró una mejor vía para llegar y trasladar a Lorena. Fue hasta dicha puerta y giró la perilla con cuidado, tenía miedo de que lo descubrieran.

El garaje estaba completamente vacío y, además, contaba con un amplio espacio para meter un par de coches de gran tamaño. Ya estaba calculando en su mente lo que podría necesitar para ese momento. La logística que haría falta y todo lo demás.

Volvió al sótano y se dio cuenta que tendría que acondicionarlo para enseñarle a Lorena sobre cómo sería su vida como una esclava del BDSM. Volvió a sentir una especie de punzada de culpa

en el pecho, quiso olvidarse de nuevo de esa sensación.

Subió las escaleras, apagó la luz y cerró la puerta. Ya estaba imaginando las cosas que necesitaría y el tiempo que emplearía para obtenerlas. Poco a poco podría imaginarse cómo quedaría ese espacio.

Se subió de nuevo al coche y comenzó a enrumbar su camino hacia la ciudad. De nuevo, se sintió fascinado por la fusión de los paisajes y por la aparición paulatina de los edificios y el caos que siempre estaba allí. El pitido de los coches, la gente en las aceras, el atardecer a punto de caer.

Quedó en medio del tráfico y se quedó con la mirada fija en la fila interminable de los coches que tenía delante. Se distrajo por el color rojo de los faros y por el brillo de las luces de las casas, edificios y establecimientos que estaban abiertos. Era como un día cualquiera para los demás, pero para él resultó diferente. Suspiró entonces, se dio cuenta que no podía dar marcha atrás.

VI

Lorena se quedó mirando la pantalla del ordenador como si fuera incapaz de encontrar algún tipo de inspiración. El cursor se movía con lentitud y las ideas estaban sin aparecer. Tenía que entregar un informe dentro de dos horas pero no se le ocurrió nada.

Lo bueno de ser tan responsable como era, es que podía tomarse un poco más de tiempo para hacer las cosas. Sus jefes confiaban plenamente en ella así que la dejaban en paz, al contrario a otros compañeros.

Sus neuronas se quedaron en estado estático, así que se levantó de la silla con cierta premura porque pensó que una taza de té podría ayudarla en ese asunto. Además, quizás el paseo hasta la cocina del piso, quizás le abriría la mente.

A diferencia de otros días, la oficina estaba más tranquila que de costumbre. La gente estaba tecleando, en silencio y pegada a la computadora. Todos menos ella.

Lorena caminó por unos cuantos metros hasta que ingresó a la cocina. Tomó la hervidora de agua y la llenó para ponerla a funcionar. Mientras, fue hasta la alacena y buscó algo para tomar, encontró una bolsita de té de frutos rojos, su favorito.

Estaba sintiéndose un poco más animada, tenía la costumbre de celebrar por las pequeñas victorias. Quizás era eso lo que daba fuerza en los días grises como ese.

Cuando el agua estuvo lista, buscó la taza y la bolsa de té, hizo la preparación correspondiente y esperó un rato para agregar un poco de miel, esa que estaba servida en una de las mesas. Luego de que todo estuviera listo, tomó la taza y cerró los ojos, una de las mejores sensaciones que tenía en la vida, era el momento justo como ese.

Alzó la mirada tras beber el primer sorbo. Sus compañeros estaban en lo suyo, pero de repente experimentó un par de sensaciones extrañas. Algo le dijo que esa sería la última vez que tendría esa vista, y que algo drástico sucedería para cambiarle la vida por completo.

Tragó fuerte porque casi sintió que su instinto se lo gritara en los oídos. La potencia de ese mensaje le hizo sentir un temor demasiado grande y hasta quiso ponerse a llorar. Nunca le había pasado algo así, por lo que se apresuró en tomarse un poco más de té e irse a trabajar.

Alterada, Lorena regresó a su puesto y encontró el cursor en mismo lugar que al principio. Lo miró pero con una sensación bastante angustiante. Luego respiró profundo y se convenció a sí misma que todo se trataba de una situación producto de su imaginación, no tendría por qué estresarse.

Entonces dejó la taza a un lado y se obligó a trabajar tan rápido como fuera posible. De alguna manera, haría lo posible para reencontrarse con esa rutina que la hacía sentir más segura de sí misma.

El día transcurrió finalmente como cualquier otro, entre los apuros y las carreras y los espacios tranquilos pero escasos. Lorena por fin había cumplido con sus funciones, aunque estaba casi segura de que no los cumpliría.

Adelantó unas cuantas cosas y las guardó en mismo archivo de siempre en la nube para

respaldar toda la información que había hecho durante el día. Era una costumbre que no había dejado por nada.

Por último, compartió una comunicación al resto de sus compañeros, avisándoles que pronto era el cumpleaños del jefe y que era necesario organizarse para comprarle una tarta y decorarle la oficina. Aunque sabía que él encontraba detestable las sorpresas.

Dejó todo listo y justo cuando se levantó de la silla, tuvo una sensación extraña y también un poco desagradable. Ese mismo frío, ese temor que parecía que no la dejaba en paz. Estaba tan angustiada que le dieron ganas de vomitar, quería saber de qué se trataba todo lo que estaba sucediendo.

—Joder... -Dijo ella en voz baja.

Se quedó en su puesto hasta que volvió a espabilarse lo mejor posible. No dejaría que la situación la hiciera sentirse absurdamente paranoica. Por nada de este mundo.

Entonces, terminó de apagar todo y tomó sus cosas porque, de lo contrario, perdería el autobús que la dejaría en casa. Marcó la hora de la salida y comenzó a caminar por la calle. A pesar que se conocía esa ruta de memoria, no podía entender por qué todo estaba tan callado y poco movido. No era demasiado tarde y estaba segura que aún pasarían, al menos, un par de autobuses.

Siguió caminando sin evitar sentir esa aprehensión en el cuerpo. De hecho, tenía frío, mucho más de lo que estaba haciendo esa noche. Caminó un rato hasta que vislumbró la parada de autobús. Sintió una especie de alivio y apresuró más el paso para refugiarse allí.

Lorena sintió tranquilidad porque pensó que estaba a salvo de cualquier problema. No obstante, ese temor no la dejaba en paz, por más esfuerzo que hacía. Entonces, llegó a la parada y se sentó en el banco que estaba allí. De nuevo, se sintió extrañada de no ver a nadie, era muy raro todo.

Se quedó allí, cruzando los dedos porque el autobús pasara con prontitud. Movía los pies y giraba la cabeza de un lado al otro. Su instinto le decía que tenía que irse de allí porque había un peligro inminente.

No le prestó atención a nada y se quedó pegada al asiento. Recobró un poco la calma cuando pilló un par de coches que iban en direcciones contrarias. El sitio no estaba tan solo después de todo, así que no habría por qué alarmarse, ¿cierto?

Al relajarse, dejó a un lado el estado de alerta y pensó que todo estaba bien, sin embargo, la realidad era bastante diferente. Erik le siguió los pasos desde hacía horas. De hecho, la monitoreó desde la mañana para comprobar que ciertamente Lorena era un animal de costumbres.

Alquiló un coche estilo camioneta rústica usando una identificación falsa. Trató de cubrir las huellas tanto como pudo para no llamar la atención, aunque un hombre de 1.85 tan blanco como el papel, rubio y grandes ojos azules no pasaba completamente desapercibido.

Guardó cierta distancia cuando la vio en la parada de autobús porque notó que estaba paranoica y asustada. Sin embargo, tampoco podía darse el lujo de desentenderse por completo, porque el tiempo apremiaba y tenía que actuar con rapidez.

Se quedó pensativo y decidió que ya no podía esperar más, así que fue hacia ella en un movimiento rápido y ágil. Lorena todavía estaba con la mirada fija a la calle cuando sintió una presencia tras ella. Giró la cabeza con rapidez y vio una sombra que iba hacia ella.

El pánico casi le congeló el corazón y antes de que pudiera hacer algo, sintió el olor fuerte de algo que le quemó la nariz. Poco después, perdió noción de la realidad y cayó tendida en los brazos de alguien que la pudo cargar. No supo más de ella misma.

La adrenalina estaba recorriendo con fuerza en la sangre de Erik. Aprovechó la energía de su

cuerpo para seguir con el plan. Por suerte, el coche no estaba lejos. Dio unas largas zancadas y dejó a Lorena en la parte trasera del coche para irse de allí lo más rápido posible. Luego tomaría un momento para atarla y teparle la boca.

Aceleró lo suficiente como para escapar, pero no demasiado porque no deseaba levantar sospechas. Al pararse frente a un semáforo, tomó los manos libres y llamó al sr. M.

—Ya está conmigo.

—¿En dónde estás?

—En camino a la cabaña.

—Perfecto. No pierdas tiempo y llévala en cuanto antes.

—Bien.

Colgó la llamada e hizo caso a las instrucciones, sobre todo porque no le convenía que le pillaran con ella allí. Aceleró un poco más y se sintió mucho más tranquilo cuando se adentró al bosque en donde se encontraba la cabaña.

Finalmente, paró el coche frente a la puerta del garaje, se bajó con rapidez y abrió la puerta para entrar. A todas estas, Lorena seguía inconsciente pero no faltaría mucho para que se despertara, así que volvió a lo suyo con premura.

Cuando cerró el gran portón, respiró profundo porque por fin pudo sentir un poco de alivio. Pero no todo estaba terminado, sabía bien que apenas era el comienzo y no sabía muy bien cómo debía actuar.

Por lo pronto, se limitó a abrir la puerta de los asientos de atrás y la encontró dormitando y con rostro sereno. La tomó entre sus brazos y la llevó hacia el sótano, el lugar que procuró acondicionar mejor para ella.

Luego de la primera visita que le hizo a la cabaña, limpió y acomodó tanto como se le hizo posible. También agregó unos cuantos elementos que le ayudarían a iniciar el proceso de enseñanza que debía aplicarle a Lorena.

Siguió de largo hasta dejarla en la habitación que ya estaba dispuesta para ella. La dejó suavemente sobre la cama y le echó un último vistazo. Se veía tranquila, en paz. Sin embargo, no podía imaginar el pánico que sentiría al encontrarse en un lugar muy lejos de casa.

VII

Un fuerte dolor de cabeza hizo que Lorena sintiera la necesidad de abrir los ojos. Nunca había experimentado un malestar de esa forma, así que también se asustó de las consecuencias que le podría traer.

Abrió los ojos lentamente y se encontró en un lugar blanco y austero. Sacudió la cabeza ligeramente porque pensó que se trataba de un mal sueño o de los efectos de ese dolor que no terminaba de irse.

Sin embargo, al volver a detallar todo lo que estaba alrededor, se encontró con que el escenario era el mismo. El miedo de le disparó y tuvo ganas de gritar, de salir corriendo. No tenía idea de por qué estaba allí.

Se levantó de la cama mientras se frotaba la cabeza con cuidado. Cada vez que lograba detallar el lugar en donde se encontraba, no podía dar crédito a esas imágenes. Incluso, pensó que estaba a punto de volverse loca, lo cual, tenía bastante sentido.

Dio unos cuantos pasos, quizás porque su cerebro era incapaz de procesar lo que había alrededor. Entonces, se paseó por la habitación, detalló una mesa pequeña de café, un mueble de madera que resultó ser el ropero y el baño, el cual se veía bastante nuevo y limpio.

Salió y abrió las puertas del ropero, encontró algunas prendas, toallas, jabón, champú y unas zapatillas sin cordón. Eran de esas con cierre mágico. No comprendió la razón, pero luego de estar un tiempo, todo aquello tendría sentido para ella.

Sintió como si un peso se le viniera encima. No podía comprender por qué una persona como ella, si ningún tipo de importancia, podría estar allí. No era una estrella de cine y tampoco tenía dinero, entonces, ¿qué podría ser?

Seguía frotándose la cabeza, sus dedos se deslizaron por la sien entre masajes suaves y fuertes. Parte del rostro también le dolía, quizás por los efectos de la desagradable sorpresa, o por el estrés que estaba en su cuerpo. Suplicó por morir en ese momento.

La tenue luz blanca que entraba en esa habitación fría de clínica, la hizo sentir menos sola, quizás con la única esperanza de que el algún momento podría salir. Pero esos vestigios fueron reprimidos poco a poco porque recordó que su celda estaba allí, por más que quería que se disolviera entre su miedo.

De repente, escuchó un ruido detrás de la puerta. El corazón comenzó a latir con fuerza, con una potencia animal. Sus orejas se calentaron en cuestión de segundos, sabía que el peligro estaba más cerca que nunca y ahora no podría evadirlo.

La perilla dio una delicada vuelta, lenta, pausada. El suspenso la estaba volviendo loca y el pánico la hizo quedarse sentada sobre la cama, aún con los dedos sobre la sien.

Tuvo ganas de llorar pero se contuvo porque se le hizo necesario mantener el máximo de la concentración. Sabía que no podía distraerse, no podía ceder ni un poco, así que tendría que estar allí, estoica.

El mecanismo le anunció que por fin había cedido y que dejaría ver a la figura que estaba

detrás. Comenzó a respirar rápido, aceleradamente y abrió los ojos tanto como pudo para encontrarse con el desconocido.

Erik se adentró en la habitación en donde estaba Lorena. La vio asustada y temblorosa como supuso, el notar que tenía los dedos en la sien, le confirmó que todavía estaba pasando por los efectos del cloroformo, así que se sintió aliviado por haber traído consigo un par de pastillas para el malestar.

Lo cierto fue que ambos se quedaron en silencio. Él porque no sabía cómo reaccionaría ella, y Lorena estaba impresionada por la situación. Su mente le dijo que conocía a esa persona, que la había visto en alguna parte, pero estaba tan confundida y aterrada que sus pensamientos iban en todas las direcciones.

Erik procedió a aclararse la garganta y a sostener la bandeja que tenía en sus manos con firmeza. Estaba nervioso.

—Te traje unas pastillas para el dolor de cabeza y algo para que comas. Asumo que debes tener hambre.

Lorena permaneció muda, incapaz de decir algo. Sus palabras estaban en la garganta, en la lengua, pero sus labios estaban apelmazados, incapaces de abrirse.

—Es un desayuno sencillo porque no sé qué es lo que te gusta.

Ella trató de recobrar un poco el sentido de la realidad, así que hizo el esfuerzo por coordinar las palabras que quería decir.

—¿Qué cojones hago aquí? ¿Quién eres tú? —Preguntó en tono firme.

Erik no se sorprendió en absoluto, así que se adelantó hasta la mesa de café, dejó la bandeja y se incorporó con rapidez. Hacía el intento de no verse demasiado accesible o débil. Tenía que demostrar que tenía una actitud fuerte.

—Yo soy la persona que te va a entrenar por el tiempo que sea necesario, necesitas estar lista para tu Dominante, y yo será quien te hará la sumisa ideal. —El rostro de Lorena estaba descompuesto en expresiones de pánico- Así que es mejor que te adaptes a la nueva situación. Trataré de darte todo lo que necesitas.

—¡¿PERO QUÉ COJONES TE PASA?! ¿TE PARECE QUE HAY SENTIDO EN DECIR QUE ESTOY SECUESTRADA PARA SER UNA ESCLAVA SEXUAL? ¿ESO TIENE ALGÚN TIPO DE SENTIDO PARA TI?

Lorena siempre se caracterizó por ser una persona ecuánime y tranquila, pero fue obvio que se quebrara justo en ese momento. Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas y su boca comenzó a temblar producto de la indignación.

Erik sabía que lo que ella estaba diciendo era verdad, que era claro la injusticia por la que estaba viviendo, pero él tenía que continuar con todo aquello. No tenía otra alternativa.

—Te dejo la comida y las pastillas. Te recomiendo que lo hagas porque este lugar puede ser muy frío y necesitas energías. Venga.

La figura alta, blanca y esos ojos azules penetrantes dejaron a Lorena completamente fuera de lugar. Estaba herida y ya no pudo hablar más. Se quedó en ese mismo lugar, como si hubiera agotado todas las fuerzas de su ser en esos gritos.

—Come, por favor.

Él cerró la puerta tras sí y la pobre Lorena se quedó con la misma expresión de pánico e indignación que al principio. No pudo creer que fuera posible semejante cinismo ni que fuera testigo de este.

Se quedó sola de nuevo con demasiadas preguntas en su mente, la cabeza le daba vueltas sin

parar y no sabía bien qué hacer. De repente, en medio de ese silencio, escuchó el crujido de su estómago. Supo que tuvo que hacer caso a su captor. No le serviría de mucho estar débil, menos cuando estaba decidida a dar pelea.

Se acercó hasta la mesa de café y miró el contenido del plato de la bandeja. Nada del otro mundo y al mismo tiempo lo fue todo. Apenas percibió el olor, comenzó a comer como si no hubiera un mañana, a pesar que la comida estaba un poco fría. Quizás la discusión que tuvo tomó más tiempo de lo que hubiera pensado.

Terminó lo que estaba allí, bajo el riesgo de que pudiera ser potencialmente peligroso porque, quizás, podría estar incluso envenenado o contaminado por algún tipo de droga para dormirla. No tenía la más mínima idea. A ese punto no le importó demasiado.

Luego de comer, tomó el par de pastillas y las ingirió con rapidez. De nuevo, pensó luego que podría tratarse de una medida de alto riesgo, pero la cabeza seguía molestándole y quería un alivio de cualquier tipo. De resto, se quedó en silencio, esperando por si sucedía algo.

Como se dio cuenta de que no hubo signos de peligro, se dedicó a explorar a ese micro universo a la que la expusieron. La cama, la pequeña mesa y también el mueble de madera que abrió para darse cuenta de las prendas de ropa y las zapatillas sin cordón. Notó la toalla, el champú, las barras de jabón y unas cuantas medias. Era obvio que se tenía planificado que su estadía sería más o menos prolongada.

Entró al baño y miró el cepillo de dientes y la pasta dental, también otra barra de jabón, un par de toallas más y unos rollos de papel higiénico. Todo listo como para que viviera alguien allí, sin embargo, no podía explicarse qué tenía ella que ver en todo ese asunto. Nada tenía sentido.

Se sentó de nuevo en la cama con esa sensación de derrota y tristeza. El tío la iba a entrenar para dársela a otra persona, tal y como si fuera un juguete más. Se repitió esa sentencia una y otra vez, resonó entre sus neuronas y trató de entender qué había hecho mal en la vida para terminar en semejante situación.

Nada le pareció con sentido pero por alguna razón, sintió que su cuerpo estaba más cansado que nunca. Así que se acostó con la mirada fija a ese trozo de ventana que se convirtió en lo único amable que tenía alrededor. Cerró los ojos para obligarse a dormir, estaba demasiado cansada y con ganas de desprenderse de la realidad, así fuera un poco.

Erik estaba en la sala con la mirada fija en el móvil. Eso fue porque allí se veía la imagen de Lorena, quien decidió acostarse en la cama. Dispuso una cámara muy pequeña cerca del ropero para monitorear sus movimientos. Se sintió casi como un voyerista de quinta que no tenía respeto por nadie.

La situación seguía causándole molestias, pero tenía que mostrarse insistente sobre todo para los odiosos informes que tenía que entregarle a su jefe, el sr. M. Erik sabía que tarde o temprano tendría que exponerle a ella más detalles de su situación pero no prefería no hacerlo para guardarse los detalles. Ya encontraría el mejor momento para ello.

Dejó el móvil sobre la mesa que tenía enfrente y se echó para atrás para poder reposar su cuerpo. Estaba cansado y también con mente agotada. No quería pensar más, pero sabía muy bien que toda la historia apenas estaba comenzando.

VIII

Los días transcurrieron y Erik y Lorena comenzaron a hablar mejor que desde el primer encuentro. Por un lado, eso sucedió porque ella tuvo las intenciones de cambiar su situación a favor. Si se hacía compañera de él, quizás lograría salir de allí. Todo iba a depender de su disposición y del empeño que le pusiera a sus planes.

Mientras, por otro lado, Erik podía inferir cuáles eran las intenciones de Lorena. Él no era un tío tonto, sin embargo, prefería el trato cordial a tener que lidiar con los enfrentamientos y conflictos que tuvo con ella en un principio. De hecho, trataba de ponerse en su lugar y buscaba comprender que ciertamente se trataba de una situación difícil.

Un día, él decidió que prepararía la cena en la cocina y que ambos allí comerían. Eso haría que Lorena se sintiera un poco más relajada, aunque esa palabra resultaba casi una exageración. Entonces, la sacó de la habitación con cuidado y la guio hasta la cocina, allí estaba dispuesta una mesa con comida que se veía particularmente succulenta.

Lorena mantuvo los ojos muy abiertos, quizás sorprendida por el espectáculo que se le había desplegado ante su mirada. Sin embargo, ella mantuvo las reservas. Era posible que se tratara de alguna estrategia por parte de él, así que tenía que tener el mismo cuidado de siempre.

Esa fue la primera vez en que ambos interactuaban en un escenario diferente y menos tenso. Casi se podría pensar que estaban en una cita cualquiera y que todo estaba de lo mejor. Claro, siempre y cuando no se pensara demasiado en ese asunto.

Estuvieron en silencio. Lorena estaba comiendo con pausa, como si estuviera a punto de recibir un golpe. Erik, por su parte, estaba preparando el momento para hablar del asunto tan serio e importante que significaba el señor Mallory, su dueño.

—Tengo que hablarte de algo muy importante y que tienes que comprender de ahora en adelante. A pesar de habértelo dicho el primer día, sé que puede ser un poco complicado de asimilar, así que volveré a tratar este asunto con un poco más de tiempo.

Lorena se puso increíblemente seria porque sabía perfectamente de qué se trataba todo ese asunto. Sin embargo, trató de respirar profundo y de mantener la calma. Lo peor que podía hacer era retroceder a los avances que había logrado con él en cuanto al trato. Tenía que mantenerse lo más firme que pudiera.

—El sr. M es el nombre de la persona de la que hablé la primera vez. Él está interesado en que te conviertas en una especie de compañera para todo momento. Sucede que, además, él tiene gustos particulares que no son muy comunes que digamos.

—¿De qué se tratan esos gustos? —Preguntó ella con cierto temor.

—Bien, puntualmente tiene que ver con el mundo BDSM. ¿Sabes de lo que hablo?

—Creo que sí pero mentiría al respecto.

Erik dio un largo suspiro porque sabía que tenía una larga historia que relatar, así que se acomodó lo mejor posible en la silla de la cocina. Comenzó a hablar al respecto tal y como si se tratara de una exposición. Mientras, Lorena estaba cobrando un color rojizo en la cara. No sabía

muy bien si estaba feliz o más bien preocupada.

Quizás lo que le perturbó más fue el hecho de que tendría que comportarse de esa manera con un sujeto del cual no tenía mayor información. El tipo era un entero desconocido y no sabía cómo resultarían las cosas. Tenía mucho miedo.

—El hecho es que tienes que tener muy presente que todo se trata de decisiones que se toman en conjunto. El consenso es vital.

—Sí, tiene mucho sentido, sobre todo si la relación se da de manera natural. Lo demás, no tiene mucho sentido. Yo sólo seré una tía más sirviéndole... -Lorena se quedó callada con la intención de no perder el control que tanto esfuerzo le costó tener.

Erik se quedó pensativo y respiró un poco. De nuevo, no podía estar en contra de un argumento que tenía mucho sentido. Eso lo tenía más que claro.

—Lo sé, quizás no debí hablar de esto. Lo siento. —La miró fijamente y detalló que el rojo vivo de su cabello se empezó a ver opaco y con textura pajiza. Estaba seguro que eso tenía que ver también con las emociones que ella estaba experimentando.

—No, ocultarme la verdad será peor al final. Mientras más sepa, mejor para mí. —Dijo ella con una voz lúgubre. No hubo más espacio para decir algo más.

Terminaron de cenar y la noche cerró con una pesadez extraña. Para Erik tampoco resultó fácil, a pesar del esfuerzo que hizo por ocultar lo que estaba sintiendo. Se hizo el tío duro, el impenetrable para que nada lo afectara, pero cada vez le costaba menos. Sobre todo por lo que estaba experimentando por ella. Lorena estaba calándose cada vez más en él.

Decidió irse lejos de la cabaña porque necesitaba un espacio para poner en orden sus ideas. Estaba entre el deber de cumplir con la orden del sr. M y el deseo que Lorena le despertaba. Dejó el propósito de convertirse en un hombre frío y distante, para dar paso a alguien que estaba con los sentimientos confundidos.

Otras cosas le hubieran costado menos y eso lo sabía muy bien. Así que prefirió tomar un poco de calma, antes de tener que enfrentarse de nuevo a esa realidad que tanto le afectaba.

El paisaje que encontró ante sus ojos fue imponente, hermoso y temeroso a la vez. Como estaba cerca de un acantilado, podía ver el valle que estaba allí. El río parecía correr con suavidad, como una seda. El cielo brillaba gracias a las miles de estrellas que se mostraban allí. Los árboles frondosos y los sonidos de los animales que se encontraban a lo lejos.

Erik cerró los ojos y casi deseó fundirse entre el paisaje, deseó que su cuerpo se descompusiera en cientos de átomos para flotar y olvidarse de sí mismo.

Abrió los ojos cuando sintió el crujido de unas cuantas hojas. Giró la cabeza con rapidez y enfocó los ojos con la agudeza de un jaguar. Sin embargo, la actitud felina y agresiva la cambió drásticamente cuando divisó la figura de Lorena.

Tenía el cabello suelto, los ojos verdes muy abiertos y estaba vestida con esa ropa deportiva que él compró desde hacía meses. Fue la primera vez que ella estaba en el exterior. De inmediato, se sintió como un estúpido porque supo que descuidó una tarea muy importante. Se dio cuenta que ella podía correr y escaparse... Quizás fue su subconsciente para deshacerse de ese problema para siempre.

—¿Me puedo sentar contigo? Tenía muchos años que no estaba en el bosque.

Él asintió con lentitud y le hizo un lado para que ambos pudieran estar cómodos. Su mente iba por hora porque no sabía lo que estaba pasando. No le pareció posible que ella se sintiera bien o cómoda con él. Se preguntó por qué no aprovechó su ensimismamiento para huir, no tuvo sentido para él.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste el bosque?

—Mmmm, creo que desde los 10 años. No estoy segura.

—¿Te gustaba?

—A veces. Me permitía leer las veces que quisiera. —Se quedó en silencio por un momento y luego contempló la grandeza que estaba ante sus ojos. —Este lugar es impresionante. No muchos lo deben conocer.

—Es posible. —Respondió él con un poco de sequedad.

Sin embargo, en ese instante, Erik quiso que las cosas hubieran sido diferentes. Pensó en las múltiples posibilidades, en las realidades alternas. Pero no, estaba en esa y tenía que trabajar con ello.

—El olor de los árboles era lo que más extrañaba.

En ese instante, los dos permanecieron en silencio y luego se miraron entre sí. Eso pareció confirmar un montón de cosas que habían ignorado por el tiempo que compartieron juntos. Como si hubiera una clave perfecta para la situación.

Lorena dejó de sentir miedo por él, incluso olvidó el propósito que quería cumplir. Estaba prendada de esos ojos azules que ya no los sentía como un par de icebergs. Hubo algo que le dijo sobre él, algo que le hizo sentir que tenía que ir más allá de lo que estaba pasando.

El corazón de Erik comenzó a latir con fuerza, como una locomotora. De repente, sintió que sus orejas estaban poniéndose rojas y que en cualquier momento se volvería loco. Apostó que su rostro dibujaba una expresión bastante cómica.

—¿No tienes frío? Creo que te hace falta un abrigo o que mejor entremos. —Dijo él con la intención de romper el silencio que lo estaba ahogando.

—No, mejor no. Por favor. Ha pasado mucho tiempo de encierro y quiero sentir hasta el frío más intenso, no importa. Sólo quiero que me des un poco más de tiempo antes de volver. Sólo eso.

Lorena dijo esas palabras sacándolas de un ruego que hacía eco dentro sí. La idea de tener que volver a ese sótano, a esa habitación blanca de hospital, le daba mucha tristeza. Erik se percató que eso la estaba marchitando de a poco. De nuevo, sintió ganas de desistir.

—La noche está preciosa, ¿cierto? —Dijo ella con el fin de distraer la conversación.

—Sí, la verdad que sí. No hace frío, no demasiado.

Volvieron a quedarse callados como con la intención de no romper con el momento que estaban experimentando. Sin embargo, no sintieron que la situación fuera particularmente incómoda o innecesaria, sino como si existiera un nivel de comodidad muy especial.

De repente, Erik la miró de reojo. Fue la primera vez que la veía con esa expresión de paz y de tranquilidad tan particular. Se sintió afortunado y tranquilo, incluso pensó que tenía suerte de presenciar una situación como esa, así que se quedó un poco más conforme a diferencia de otras veces.

Lorena sabía que él la estaba viendo, y si era sincera consigo misma, ese asunto no le molestaba en absoluto. Más bien la hacía sentir extrañamente bien. Para ella, nada de eso tenía sentido, pero no quería encontrar alguna explicación, estaba bien así. Muy bien de hecho.

El silencio no duró demasiado porque ambos, por alguna razón, se encontraron en una mirada. Fue la primera vez que no hubo esa sensación de peligro o preocupación, ese mínimo encuentro se sintió como un regalo, como una gran oportunidad para algo más.

El corazón de Lorena comenzó a latir con fuerza y fue como si hubiera experimentado una especie de rayo que le hizo vibrar el cuerpo. Se dio cuenta de que había algo allí, algo que no comprendía del todo.

Así pues, se levantó de donde estaba y caminó hacia Erik. Él, mientras, estaba con una expresión de genuina preocupación, queriendo saber lo que realmente estaba pasando, pero no pudo modular palabra alguna, se le hizo imposible.

Sin embargo, sí permaneció atento a lo que estaba pasando, la miró fijamente con la intención de medir todos sus movimientos con cuidado. Pero a pesar de que tenía que mantenerse en estado de alerta, por obvias razones, no lo pudo hacer porque estaba demasiado prendado de ella. Mucho más de lo que había imaginado.

Lorena, finalmente, quedó de pie, frente a él. Al verla, se sabía que no estaba demasiado clara de lo que quería hacer y que más bien parecía estar dejándose llevar por la situación y por la naturalidad de su conducta.

De inmediato, él se puso de pie y no pasó demasiado tiempo para que Erik imitara su postura. Lorena se dio cuenta que él era mucho más alto, de hecho mucho más que los hombres con los que llegó a salir en alguna oportunidad. Por si fuera poco, también se encontró seducida por el brillo de sus ojos azules, tan fríos y agudos.

Quedaron envueltos por una vibra intensa, hasta que él colocó las manos sobre la cintura de ella y Lorena le respondió con una cercanía muy íntima. Sus cuerpos quedaron bien apretados y juntos y eso bastó para que se desencadenara un beso suave y profundo.

Eso pareció ser más que suficiente como para que se diera rienda suelta a todo aquello que ambos estaban experimentando hasta ese momento. Entonces, sus labios comenzaron a juntarse con delicadeza para hacerlo después con un poco de intensidad y también pasión.

La lengua de Erik se adentró en el interior de la boca de Lorena. Al momento de encontrarla, se entrelazaron entre sí hasta que comenzaron a hacer una especie de danza sin final. Por supuesto, esto también se tradujo en que poco a poco estaba aflorando la pasión de las caricias y los besos.

Lorena estaba cada vez más pegada a él, lo cual podría traducirse que en cualquier momento Erik podría perder el control. De un momento a otro, él la tomó entre sus brazos, cargándola y la llevó al interior de la cabaña.

Al estar dentro del lugar, la tensión seguía y las ganas de comerse también. Él procedió a quitarle la ropa, mientras que ella no paraba de gemir. Dio la impresión que estaba más que lista y él lo interpretó de esa manera.

Le tomó ese rostro perfecto y delicado entre sus manos para besarla otra vez. Ella no tenía idea de cuánto le gustaba y de cuánto había esperado ese momento. Así pues, poco a poco los dos fueron quedando en cueros.

Sin embargo, no pasó demasiado tiempo para que surgiera la personalidad dominante de Erik. Le tomó la mano y la llevó hacia la habitación principal, el lugar en donde se quedaba él. Ella se quedó sorprendida por las dimensiones del lugar, pero no tuvo tiempo de seguir explorando porque sintió de nuevo la urgencia de Erik de hacerla suya. Entonces los dos quedaron sujetos en una especie de vórtice de lujuria.

Él la dejó sobre la cama para que se quedara tendida allí. Se echó un momento para atrás y se fijó en lo bella que estaba. Se veía como una diosa, como una ninfa de esas historias y estaba más que listo para poseerla.

Después de superar el momento de suspenso, se arrastró sobre la cama para proceder a seguir con lo propio. Deseaba con todas sus fuerzas el poder manosearla y dejarla desnuda sólo para él.

Sus manos se dedicaron a recorrer cada parte de ella con sumo cuidado. Se dio cuenta de inmediato de lo delicada de su piel, de lo hermosa que era, de lo dulce que se veía. Su piel era blanca, reluciente, sus pechos eran redondos y con unos pezones rosados y erectos. Parecían un

par de botones de flor.

Siguió explorando ese cuerpo hasta que miró la llanura de su torso y la finura de su cintura. Sin duda, Erik se dio cuenta que era el espectador ideal de esa mujer, que era un fanático acérrimo de su cuerpo y que podría ser un simple admirador durante todo el tiempo que fuera posible.

Tras haber terminado con esos maravillosos instantes, alzó la mirada para observar a la mujer que tenía en su cama. Lorena tenía esa expresión cautivadora y tierna. Tenía los ojos abiertos, muy amplios y también las mejillas encendidas.

Tenía esa expresión de alguien que está esperando el momento precioso para la entrega. Erik se sintió muy emocionado porque, si bien se trataba de una tarea que debía cumplir, se dio cuenta que tuvo la suerte de experimentar ese cuerpo gracias a la belleza de la entrega. Se sintió más que afortunado.

Antes de comérsela tal y como quería, procedió a quitarse la ropa poco a poco, con delicadeza. Quería mostrarse ante ella de manera tan apetitosa y provocativa como ella le resultaba a él. Lorena, en cambio, estaba experimentando una serie de emociones que la hacían sentir más viva que nunca.

Erik siempre estuvo en sus pensamientos, de hecho, le resultó demasiado impactante desde el primer momento en que lo vio. Nunca pudo olvidar el impacto de esos ojos sobre su vida, la impresión de su mirada sobre la suya, ni el deseo que le producía la distancia de sus maneras como siempre tuviera la intención de huir de ella.

Lo prefirió así porque aún estaba confundida por su situación, aún quería comprender por qué estaba allí, por qué había sido el objeto del deseo de un desconocido que, de paso, la quería para sí. Todo era perturbador y extraño, pero tuvo la sensación de que él podía salvarla.

Así pues, sus planes de hacerse amiga de él quedaron en un segundo plano. Ya no estaba interesada en ello, ahora estaba más confundida que nunca. Más ahora, que estaba a punto de recibirlo entre sus piernas.

Mientras esperaba, no dejaba de verlo. Ciertamente se trataba de un hombre muy sensual, impresionante y delicioso. Ese cuerpo blanco y firme, era el lienzo perfecto de esa musculatura bien tallada y fornida. Su contextura era delgada, pero se veía fuerte.

Le gustaba también la forma en cómo se movía, en cómo se trasladaba de un lugar para el otro, el calor blancuzco de las raíces de su cabello rubio, la nariz recta y la media sonrisa que hacía cuando quería ser amable.

Empezó a detallar cada parte de él con especial cuidado y ahora mucho más cuando estaban a punto de concretar el sexo que los terminaría de unir.

Erik quedó desnudo ante la mujer que tanto deseaba. Se dio cuenta que el exhibirse de esa manera hizo que se excitara mucho más, al punto de que sintiera que el pene le iba a explotar. No podía más.

Los bríos estaban tomando poco a poco el control de la situación, a pesar que estaba haciendo el esfuerzo de no desplegar demasiado, al menos no la primera vez. Recordó que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo con alguien que no tenía experiencia en el mundo del BDSM, así que era como encontrarse en una faceta muy diferente.

Lo cierto fue que se dirigió hacia ella, con las ganas desmedidas de comerle el coño. Desde la distancia en que se encontraba, casi pudo saborear sus jugos entre sus labios. Además, moría por enterrar su cabeza en ese lugar tan exquisito.

Lorena abrió las piernas para recibirlo como era debido, pero no pudo ni imaginar sentir algo tan increíble y maravilloso como era la lengua y la boca de él. Es más, tuvo que cerrar los ojos

para experimentar cómo él se dedicaba a darle placer con su boca. Fue una de las sensaciones más poderosas que tuvo jamás.

Las manos de Erik se aferraron con fuerza a los muslos finos y delicados de Lorena, mientras que su lengua procuraba adentrarse cada vez más y más en ese coño delicioso y caliente. En la habitación, sólo se escuchaban los sonidos de los gritos ahogados de ella, más las lamidas intensas que él le hacía.

Ella abrió la boca como para dejar escapar una serie de gemidos y palabras incomprensibles, por lo que eso mismo le sirvió a él para darse cuenta que podía continuar y que, incluso, podía ser un poco más brusco.

Entonces lo hizo con más fuerza y ese ligero cambio en el ritmo bastó para que sintiera que los jugos de ella se volvieran más intensos. Lorena estaba respondiendo bien a ese tipo de intensidad, así que Erik se encontró en una situación bastante interesante.

Siguió lamiéndola, incluso le abrió más las piernas y la movió un poco para que su lengua pudiera alcanzar parte de su culo. La punta sirvió para acariciar ese lugar tan exquisito y de nuevo sintió que ella estaba a punto de volverse loca.

Sin embargo, él apenas estaba comenzando. Por nada del mundo quería que ella se adelantara y se corriera en poco tiempo. Tendría que continuar para hacer las cosas bien, para dominarla y hacerla suya como quería.

Introdujo un par de dedos en su coño, con el fin de estimularla mucho más. Los gemidos se hicieron cada vez más intensos y más fuertes. Fue más que claro que Erik sabía cómo tocar a una mujer, cómo hacerla sentir llena de placer.

Ella estaba tan mojada que a él le costó un poco comprender lo bien que lo estaba haciendo, por supuesto, se sentía como todo un ganador, así que no perdería la oportunidad de seguir haciéndola sentir el máximo de los placeres.

Luego se incorporó sobre la cama y no pudo evitar que saliera esa especie de bestia que estaba en su interior. Estaba desesperado por hacerle saber que la dominaría de todas las formas posibles y que también estaba dispuesto a darle el máximo de las sensaciones increíbles.

Tomó un pequeño respiro y aprovechó para bajarse de la cama, con el fin de buscar unas cuerdas y así atarle las muñecas. Sabía que no podía ser demasiado brusco con ella y que era mejor comenzar de a poco para que fuera adaptándose a lo que estaba por venir.

Lorena se quedó un poco desconcertada pero también se puso a pensar en la suerte que tenía de estar con alguien así. Trató de encontrarse a sí misma, de centrarse lo mejor posible pero lo cierto fue que su cuerpo aún estaba flotando en esas sensaciones que aún estaban en ella. Lo que sí tuvo claro fue que quería más, ansiaba más de él.

Erik regresó de entre las sombras de la habitación con unas cuerdas de cierto grosor. Según experiencia, ese tipo de cuerdas servían para como buen comienzo para atar a las sumisas. Así que si deseaba iniciar con buen pie, necesitaba hacer las cosas como correspondía, con cuidado.

Se acercó hasta la cama y la comenzó a amarrar con sumo cuidado, con delicadeza. Para su sorpresa, ella se dejó hacerlo. Descubrió que quizás Lorena sí era una sumisa, o que al menos lo era internamente.

Hizo lo posible para hacer de los amarres los más cómodos posibles y así ella no se sintiera desesperada por desamarrarse. Estuvo atento a todo lo que estaba haciendo así como en los gestos de su rostro. Quería que estuviera cómoda.

Lorena, al final, se sintió como una especie de mujer sensual. Apenas sintió el roce de las cuerdas en su piel, experimentó un nivel de excitación como nunca lo había sentido. Algo

poderoso y, hasta cierto punto, conmovedor.

Se mordió la boca y buscó desesperada la mirada de ese hombre que tanto le gustaba. De vez en cuando veía algún destello de sus ojos azules fríos como el hielo. Estaba maravillada por lo que estaba viviendo y, claro, quería más y más de eso.

Él terminó de amarrarla y entonces sabía que se venía la parte más interesante de todo el asunto. En este punto, Erik se acomodó sobre la cama para quedarse entre las piernas de ella, sin embargo, no se reclinó para follarla, sino para volver a masturbarla.

Ella cerró los ojos y se aferró a aquellas cuerdas que la sostenían. Volvió a morderse los labios y a sentir que se iba a derretir sobre la cama en cualquier momento. No paraba de gemir y Erik lo tomó como una gran oportunidad para seguir con el segundo plan.

Estaba desesperado por tenerla, por penetrarla y hacerle de todo, así que se preparó sobre su cuerpo, para sentir de nuevo el calor de los roces. Era delicioso cómo se sentía todo aquello.

Poco a poco, Lorena comenzó a experimentar el asomo de su enorme miembro entre sus piernas. No lo había visto bien, pero estaba lista para recibir las embestidas en cuanto antes. Ya no podía más.

El glande de Erik estaba mojado, empapado porque su polla estaba preparada para empalarla lo más rápido posible. No obstante, quiso esperar un poco, el tiempo que fuera suficiente para seguir arrastrándola hasta sus deseos.

Luego, prácticamente de un momento a otro, él terminó por abrirle más las piernas y meterle la verga de un solo movimiento. Ella exclamó un poderoso grito, uno tan fuerte que pareció hacer estremecer todo el lugar. Erik no pudo evitar sentirse victorioso y poderoso. Le encantaba generar esas sensaciones, vaya que sí.

Entonces comenzó a hacerle las debidas embestidas. Una por una, una tras otra, con una impresionante fuerza, como si dejara libre por fin esas sensaciones que por tanto tiempo dejó dentro de sí, que por tanto tiempo reprimió.

Entre esos movimientos violentos, a veces la buscaba con la mirada. De alguna manera, deseaba tenerla concentrada en él. Luego, procedía a tomarle por el cuello, apretándoselo con firmeza y con control porque le gustaba demostrar el dominio cada vez que podía.

Ella, por otro lado, se dejaba por completo. De alguna manera, tuvo la sensación de que todo lo que estaba viviendo formaba parte de algo que vivía en su interior desde hacía mucho tiempo. No supo muy bien por qué, pero al estar con él lo tuvo muy claro. Más que claro.

De hecho, hubo una época en donde Lorena se preguntaba constantemente si sería capaz de vivir experiencias únicas y que fueran inolvidables. Si bien su vida como mujer se había encaminado en un punto, también se preguntaba si sería posible experimentar algo realmente intenso.

El pasar la vida como lo había hecho, le hizo sentir en ciertas ocasiones que estaba vacía, que no había nada más allá del trabajo o del deber. Sin embargo, a pesar de la amarga situación en la que se encontraba, se dio cuenta que la vida podía ir un poco más allá, que era posible encontrar un sentido a las cosas y que ciertamente se estaba perdiendo un sinfín de momentos increíbles.

Ese hombre alto, blanco, de mirada gélida, de sensualidad extrema, parecía llevársela consigo a los confines de la locura. Y ella, desde esa supuesta pasividad, estaba dispuesta a seguirlo tan lejos como fuera posible. No tenía dudas al respecto.

Siguieron retozando hasta que él se decidió por levantarse de la cama y llevarla hasta una de las paredes de la habitación. Lorena se dio cuenta que él había adoptado una actitud intensa y que había sido desconocida para ella. Nueva, sobre todo. Pero tenía sentido porque todo lo que estaba

pasando en ese momento, había sido así.

Volvió a la realidad, volvió a él porque quería estar presente en los instantes en donde Erik le daba toda la atención y el deseo que necesitaba y que tanto quería. Entonces, al quedar sobre esa pared de textura fría, estaba lista para todo lo demás.

En esa posición, Erik aprovechó para mirarla desde el lugar en la que estaba. Observó la curva de su espalda, la posición de sus piernas largas y el destello de humedad que se desprendía de su coño delicioso. Se veía tan exquisita que sintió de inmediato que su boca se estaba haciendo agua.

Entonces se dedicó a manosearla con todo el descaro de su cuerpo y deseo. Se paseó por esa piel blanca y deliciosa, y rozó la punta de su lengua en todas las partes posibles. Poco a poco sintió que estaba a punto de enloquecer.

Finalmente, llegó al punto al que quería llegar. El rostro de él quedó entre las nalgas de ella, así que aprovechó sus manos para abrirlas y ver ese delicioso interior caliente y húmedo.

Lorena, aún con las manos atadas, sintió que la vida se le estaba escurriendo entre las lamidas y los besos que él le daba. Entonces, decidió inclinarse un poco más para ayudarle a que comiera de ella sin problemas.

De inmediato, sintió la humedad de su lengua y de sus labios que se adentraron entre su coño y su culo. Estaba enloquecido, como si la vida se le fuera en ello. Apretó más sus nalgas, sus piernas y todos los alrededores de ese cuerpo tan exquisito.

Siguió lamiéndola hasta que volvió a incorporarse y volvió a la misma posición de estar preparado para penetrarla con todas las de la ley. Entonces compaginó su cuerpo con el de ella y quedaron perfectamente acoplados. Muy juntos.

Ella comenzó a sentir ese calor tan particular, tan especial, ese mismo que le dio a entender que estaba a punto de manifestarse un momento increíblemente delicioso. Sintió entonces la mano de él sobre su cuello, apretándolo un poco, lo suficiente como para privarle un poco de la respiración, pero no demasiado.

Por otro lado, la verga de él comenzó a adentrarse en el coño de ella con lentitud y con suavidad. Descubrió que ella estaba demasiado húmeda y caliente para él. Se excitó más y las ganas de penetrarla con todas las fuerzas volvieron a él.

Esa sensación de querer volverse loco hizo que recordara las ganas de convertirse en su dominante. Fue como si la sangre le hirviera a toda potencia. Poco después, le metió toda la verga con fuerza y firmeza, entonces su pelvis comenzó a moverse con ímpetu y de manera constante.

Ella se mordió la boca, balbuceaba cualquier cantidad de palabras que eran incomprensibles para él. Erik, por otro lado, aprovechó la oportunidad para decirle lo siguiente:

—Eres mía, y vas a aprender a obedecerme como corresponde.

—Sí... Oh... Sí. —Apenas dijo ella cuando escuchó esas palabras que, sin duda, hicieron que se mojara mucho más de lo que estaba.

Erik siguió embistiéndola sin parar hasta que llegó al punto de sentir que estaba a punto de correrse. Así que se preparó para aguantar un poco más, sin embargo, Lorena estaba también entrando en una especie de trance que le dijo que era mejor aprovechar que los dos estaban en la misma onda.

Se volvió más salvaje y más contundente en los movimientos, hasta que se dio cuenta de las contracciones de su coño y de los gritos agudos que ella estaba exclamando con cada vez más y más fuerza.

Entonces, la tomó por la cintura y se afincó en ella un poco más. Minutos después, volvió a tomarla del cuello e hizo que se volteara para verle a los ojos. En ese momento, en ese pequeño

instante, Lorena pareció comprender en lo que se había convertido su vida. Ahora estaba dispuesta a servirlo sin importar las consecuencias.

—Arrodíllate. —Dijo él con voz severa. Ella sólo se limitó a hacerle caso porque, la verdad, estaba sumida en ese comportamiento que tanta vida le daba.

Desde esa postura, ella comenzó a comprender su rol como sumisa. Entendió que el estar en esa posición, ella disfrutaba inmensamente lo que estaba pasando. Podría querer más y más, y no se cansaría de aquello. Le encantaba.

Erik le acarició suavemente el rostro y luego comenzó a masturbarse. Tomó su verga con firmeza entre sus dedos y sus toqueteos se hicieron fuertes, muy intensos. De hecho, hubo un punto en el que pareció que estaba a punto de perder cualquier signo de razón. Nunca había visto a alguien así.

Gracias a la intensidad de sus movimientos, Erik sintió una especie de electricidad que le comenzó a recorrer el resto de su cuerpo. Se tocó con más fuerza hasta que por fin su verga expulsó unas cuantas gotas de semen que luego se tradujeron en chorros calientes y potentes, los cuales terminaron en el rostro de ella.

Lorena había pasado gran parte de su vida sexual con parejas que sólo le daban monotonía, pero esta vez, la situación fue completamente diferente. El recibir el semen de ese hombre, pareció terminar de despertar en ella esa sensación que le aseguró que debía continuar como una sumisa, que estaba en el rumbo correcto.

Dejó entonces que su instinto siguiera por sí solo, por lo que esperó a que él terminara de descargarse en ella, para poder sacar la lengua y así degustar los fluidos de su hombre. Porque, sí, él ya era su hombre y eso le pareció indiscutible.

Alzó la mirada y se encontró con la de él, justo en ese momento lamió los restos de semen que se encontraba entre las comisuras de los labios. Saboreó cada parte de él y al experimentar esa sensación, sintió una especie de repunte en su excitación. Sí, lo suyo era eso, esa quedar sumisa ante él.

Erik se echó un poco para atrás porque quedó un poco atontado por lo que había pasado. Quedó más cansado de lo que creyó y más emocionado también. No obstante, abrió los ojos en cuanto recordó que ella también tenía que correrse. Era un reto que estaba dispuesto a asumir.

Tomó a Lorena por el cuello y la llevó hasta la cama como si se tratase de un animal peligroso. Ella se quedó un poco impresionada, pero estaba deseosa de saber hasta dónde él sería capaz de llegar, así que se quedó tranquila, blanca, sumisa, suave.

Él se acercó a su rostro y lo limpió con sus dedos para llevárselos a la boca de ella. De esa forma, ella lamió cada parte con cuidado y con suma sensualidad. Su lengua jugueteó un poco con los dedos de él y eso bastó para que Erik recibiera un extra de motivación.

Con esos mismos dedos, hizo un sensual recorrido por sus pechos y su torso. Todo le pareció tan suave y perfecto, que a veces le costaba creer que ella fuera así en realidad. Incluso, estuvo esperando el momento de abrir los ojos y despertar.

Descendió por su cuerpo hasta que llegó a su coño. De inmediato, ella abrió las piernas y cerró los ojos para sentir de nuevo el calor de él sobre ella, dominándola. Entonces, Erik comenzó a acariciarla lentamente, con paciencia, con delicadeza. Le llamaba mucho la atención lo rica y caliente que estaba.

Luego de tenerla tan húmeda como quería, se acomodó para quedar en el borde la cama. Sí, iba a retomar la faena de comérsela. Enterró entonces su cabeza entre sus piernas y comenzó a lamerla como si fuera un salvaje.

Lorena reanudó los gemidos de dolor y desesperación, porque sí, estaba experimentando todo aquello, toda esa mezcla de potentes sensaciones que no la dejaban en paz. Por su cuerpo recorría una especie de potencia que la hacía sentirse cada vez más cerca del abismo, de la oscuridad de la excitación y del inmenso placer.

Deseó muchísimo el poder tomarlo del cabello y halárselo, deseó mucho el poder tocarlo, pero se conformaba con experimentar que su cuerpo estuviera tan cerca de desintegrarse. De verdad que nadie se acercó si quiera a hacerla sentir de esa manera.

Erik, mientras tanto, siguió lamiéndola y haciéndola suya sin parar. Se percató de que su boca estaba empapada, al igual que gran parte de su rostro. Ella se mojaba muchísimo y eso le resultaba increíblemente delicioso.

De repente, Lorena sintió que estaba a punto de perder la respiración, que estaba cerca de un lugar desconocido y el cual le producía un poco de temor. Pero lo cierto fue que estaba con él y confiaba en lo próximo, así que decidió que se dejaría llevar por completo sin nada más.

—Hazlo... Venga.

Ella sonrió para sí misma y así comprendió que fue momento para dejarse y para disfrutar lo que tanto había esperado. Por primera vez en la vida, sintió que todo en su interior se había hecho fuego. Sus sensaciones se mezclaron entre sí y fue como si experimentara una potencia que le recorría por todas sus extremidades.

Poco después, Lorena pareció perderse en la oscuridad de las emociones y perdió la noción de toda la realidad. No supo por cuánto tiempo estuvo allí, en esa especie de neblina deliciosa, pero sí se dio cuenta de que estaba bien y muy plácida allí.

Erik se percató que ella estaba en esa situación y la dejó tranquila. Aún no era momento para molestarla o para sacarla de ese trance. Sin embargo, se prometió a sí mismo que luego la entrenaría debidamente, que la enseñaría mucho más... Pero cuando hubiera tiempo.

Se levantó y fue hasta el baño para tomar un tiempo para sí mismo. Encendió la luz, ya que aún estaba en la oscuridad. En cuanto se encontró a sí mismo, se topó con un rostro que se le hizo muy diferente. La expresión de su mirada y de sus labios era distinta. Parecía otro tipo de hombre.

Degustó un poco más los fluidos que quedaron de ella entre su boca y su mentón. Pilló el fuego de sus ojos azules y se dispuso a abrir la llave del agua para lavarse un poco la cara. Al juntar sus manos, estas se encontraban temblorosas y también ansiosas. Aún estaba con una descarga poderosa de endorfinas.

Respiró profundo unas cuantas veces porque sintió ganas de poner su mente en orden. La velocidad de sus pensamientos era impresionante, mientras que trataba de encontrar un poco de calma dentro de su agitado ser.

Finalmente, se volvió a encontrar en el espejo y se dio cuenta que ya no había marcha atrás. Que debía asegurarse que ella se adentraría en ese mundo acompañada por él. Erik sería el guía, no sólo porque esa había sido su tarea, sino porque también fue una misión que estaba dispuesto a aceptar por deber a sí mismo.

Se secó el rostro y llevó consigo una toalla para secarla a ella también. Al regresar, encontró a Lorena con los ojos entrecerrados y con los muslos temblorosos. Sonrió porque se dio cuenta que ella encontró por fin la energía que le daba una razón de ser.

Se miraron fijamente y Erik fue hasta a ella sin decirle palabra alguna. Procedió a secarle el rostro y también a acomodarle el cabello. Lo hizo con sumo cuidado, con una delicadeza casi sorprendente, sobre todo por tratarse de alguien que prefería mantener la distancia lo más posible.

Él dejó la toalla a un lado y luego acarició su rostro e hizo que se acostara en la cama. Hizo lo

propio y se quedaron muy juntos durante un rato.

—Conmigo aprenderás muchas cosas. Conmigo experimentarás situaciones que nunca pensaste.

—Ya lo estoy haciendo. —Dijo Lorena rindiéndose a los sentimientos de esa noche que había sido tremendamente intensa.

IX

La noche en que por fin ambos dieron el paso para unirse, fue sumamente crucial para la dinámica que estaban presentando. En los planes iniciales de Erik, aquello correspondería al momento de concretar el entrenamiento de Lorena. Sin embargo, la situación se volvió un poco más compleja para él.

A primera vista, podría decirse que había logrado parte de su cometido, que sólo le bastaba continuar con su misión hasta llevarla al sr. M. Después de eso, no tendría por qué preocuparse al respecto. Pero resulta que existía un detalle muy importante.

Erik nunca se sintió cómodo en la posición de carcelero impuesto, además, también estaba consciente de las consecuencias que aquello le traería y sólo eso representaba la inminente pérdida de todo lo que había logrado en la vida.

Sin embargo, ese atisbo de pensamiento negativo y aplastante se veía reemplazado por una situación opuesta e igual de poderosa. Él estaba experimentando la sanación que representaba el estar con Lorena, a pesar de las circunstancias en las que se encontraba. Ese cambio que vio en sí mismo, fue la señal más clara de algo más.

Lorena, por su parte, no pensaba demasiado que sería cuestión de tiempo en que se convertiría en la amante de un hombre de gran poder, un tío poderoso del cual no tenía la más mínima idea pero que la había capturado para sí.

La idea terrible que se quedó en su mente fue desplazada por un sentimiento mucho más fuerte. Era claro que estaba percibiendo un cambio importante en la actitud de ese hombre que la mantenía secuestrada. El Erik que conoció resultó ser muy diferente.

Por ejemplo, la habitación del sótano ya no estaba bajo llave, así que podía moverse para todas partes de la cabaña sin problemas. Pero claro, sabía que no podía desafiar demasiado las condiciones, sobre todo porque su interés era ganarse la confianza de él, tanto como le fuera posible.

Para sus planes, las cosas estaban saliendo más que bien. Él estaba cediendo cada vez más y ella podía aprovechar la brecha que había allí para salir y entregarse a la libertad. Pero las cosas no fueron tan sencillas como pensó.

Si bien notó que él estaba enamorándose de ella, Lorena tampoco era ajena esas sensaciones. De hecho, era una mujer perceptiva y sabía que también estaban sucediendo cambios en su interior. Erik estaba provocándole sensaciones que iban más de las físicas.

Por un lado, pensaba que todo había sido producto de la convivencia y que, bueno, era normal que los dos formaran lazos, especialmente al estar aislados como lo estaban. Sin embargo, había signos que le decían que aquello no necesariamente se debía a una cuestión de costumbre, sino que había algo más.

La sola idea le daba un poco de emoción, especialmente porque también se movían una serie de emociones dentro de su cuerpo. Por mucho tiempo, siempre fue una persona que se caracterizó por vivir enfocada en un solo objetivo, dejando sus emociones a un lado, pero esta vez, la

situación le supo diferente.

Claro, eso no quería decir que todo lo que estaba viviendo le supiera bastante descabello y disfuncional, pero algo le decía que podía aferrarse al amor que él sentía por ella, ya que gracias a ello los dos podían salir de la situación en la que se encontraban. Había una mínima oportunidad que debía aprovechar.

Por otro lado, la dinámica emocional y un poco diferente de los dos, también se alimentó de algo importante: las sesiones de BDSM. De hecho, después de esa primera noche, Erik elaboró un interesante plan para desarrollar las habilidades de sumisa que había descubierto en Lorena.

Le pareció increíble que ella ya tuviera una inclinación natural, incluso, en ciertas ocasiones le pareció llamativo porque Lorena tenía un claro potencial que podía ser explotado al máximo. Y él quería estar allí para ver eso de cerca.

Pensó que lo mejor que podía hacer, era mantener el sótano como el lugar en donde ambos pudieran playarse sin problema alguno. Además, se trataba del lugar más grande y más cómodo de la casa para hacer las actividades que podían hacer. Era perfecto.

Él esperó un par de días y luego la acompañó hasta el sótano. Lorena pensó que regresaría su mazmorra y que las posibilidades estaban en su contra, sin embargo, se percató que los planes de Erik eran muy diferentes. Vaya que sí.

En una noche, ambos quedaron en medio de ese inmenso sótano. El lugar estaba rodeado de oscuridad y también de una serie de aparatos que ayudarían a la consolidación del ser que era verdaderamente Lorena.

Las manos de Erik se encargaron de acariciarla desde el rostro hasta la cintura. Eran manoseos delicados y suaves, a la vez que también se compaginaban con los besos y con el calor de ese aliento que la envolvía por completo.

Ella experimentó cómo su ser iba diluyéndose entre los dedos de él, poco a poco, con ternura y lentitud. Su mente y cuerpo se entregaron al mismo tiempo, además, con ese dejo de desesperación que lo aclamaba.

Él se enterró en su cuello mientras lo lamía y besaba. Gracias a ello, se dio cuenta que ella estaba excitada y que no faltaba demasiado para entregarse por completo. Sintió de nuevo esa sensación de increíble poder.

Entonces fue como poco a poco comenzó a desvestirla con cuidado. La ropa comenzó a caer en el suelo con pereza y despreocupación. Ansiaba demasiado el adentrarla en ese mundo lleno de deliciosas perversiones.

Tras unos minutos, ella quedó completamente desnuda y con la mirada fija en él. Ambos supieron lo que iba a suceder, pero Lorena parecía estar un poco más asustada porque se encontraba en un juego diferente y desconocido.

—Tienes que confiar en mí, tienes que creer que todo saldrá bien, ¿vale? No haré algo que te haga daño, no haría nada para lastimarte... A menos que... -Se acercó a ella con lentitud y con mucha sensualidad. —A menos que me lo pidieras.

—Tú puedes hacer conmigo lo que quieras y eso lo sabes muy bien. —Respondió ella con suavidad pero también con contundencia. Lo que dijo era completamente cierto.

Los ojos de Erik se volvieron más brillantes porque ansió que ella pronunciara esas palabras desde hacía mucho. La tomó entonces con más fuerza, sobre todo por el cuello porque le daba la sensación de tener mayor control y poder sobre la situación.

Caminaron juntos unos cuantos pasos hasta que ella notó una enorme “x” de madera. Se sintió inmediatamente intrigada porque quería saber de qué se trataba ese objeto.

—Súbete aquí, mira. —Erik le señaló unos pequeños tablones de madera en donde pudiera apoyar los pies sin demasiadas complicaciones. —Pero lo harás dándome la espalda. Quiero que esto sea mucho más interesante de lo que tengo en mente.

Ella hizo caso de inmediato porque confiaba en él y porque quería saber de qué iba todo aquello. Entonces lo hizo y sintió como una ola de emoción le embarga en cuerpo. Estaba demasiado entusiasmada y también en la expectativa.

Notó que su pecho estaba moviéndose con fuerza, pero hizo un verdadero esfuerzo por controlarse lo suficiente como para relajarse y tratar de disfrutar el momento que estaba experimentando.

Al verla así, tan dispuesta a él, Erik se encargó de manosearla y de tocarla con suavidad porque sabía que ella tenía miedo y que esa sería su verdadera primera vez en una situación como esa. Entonces, lo hizo por un rato, con suma delicadeza hasta que ella pudiera sentirse en plena confianza.

Tras unos minutos, en cuanto se dio cuenta que Lorena ya estaba lo suficientemente relajada, él le tomó ambos brazos y procedió a atarlos a las extensiones de madera en forma de equis, de manera que sus brazos y piernas quedaron abiertos y disponibles para él.

Ese momento bastó para que él se sintiera más vivo y emocionado que nunca. Fue casi como recibir una ola de energía que fue directo al corazón y también a su polla. Tuvo que calmar un poco el acelerón para tener la capacidad máxima de concentración.

Luego de unas cuantas respiraciones, Erik se perdió en las sombras de ese sótano para traer consigo un látigo de cuero de varias lenguas. Aunque no era demasiado grande, sabía que era el tamaño perfecto para iniciar a una chica como ella.

Primero, bamboleó las tiras de cuero de un lado para el otro, como con la intención de jugar un poco con la ansiedad de Lorena. También lo hizo con la idea de hacerle entender que él era quien tenía el verdadero control de la situación y nadie más.

Lorena sintió que se iba a desmayar en cualquier momento pero reunió todas sus fuerzas para mantenerse allí, firme. A pesar que no podía ver nada, podía intuir ligeramente lo que estaba a punto de pasar, así que fue obvio que su mente estuviera dándole vueltas sin parar.

De repente, sintió las lenguas de cuero recorriéndola la piel con lentitud. Al principio no pudo evitar estremecerse un poco, pero luego trató de sentirse familiarizada con esa nueva sensación que estaba experimentando.

El látigo, al final, se convirtió en otra extensión del cuerpo de Erik. Él, quien desde hacía mucho tiempo no había logrado encontrar un momento para desahogar sus necesidades como Dominante, ahora estaba más pleno y seguro que nunca.

Lo mejor de toda la situación es que estaba con una persona que le generaba un montón de emociones. El estar con Lorena, era saborear el morbo, el placer, la lujuria y también algo mucho más profundo y menos banal.

En parte, temía poder darle un nombre a todo aquello, por lo que prefería quedarse así, en silencio, sintiendo cada emoción sin interrupciones. Deseaba elevarse en el instante en el que se encontraba.

Después de acariciar la espalda, nalgas y esas piernas, Erik procedió a jugar en serio. Alzó el brazo y lo dejó a cierta distancia hasta que comenzó con los latigazos. Uno por uno. Tras el primero, escuchó el gemido tímido de Lorena, así que se aventuró a ser un poco más contundente y agresivo. Estaba dispuesto a despertar todas las sensaciones posibles.

Ella sintió el ardor, el escozor y el dolor de su piel recibiendo las heridas de ese hombre que

evidentemente la deseaba. Cerró los ojos y aferró sus dedos a las piezas de cuero que la contenían sobre la estructura. De esa manera, fue capaz de disfrutar aún más ese momento.

Nunca en su vida se imaginó que sería capaz de ser dominada de esa manera, de sentir el inmenso placer de ser marcada por ese hombre. Uno tras otro, los latigazos parecían confirmarle que el dueño de su cuerpo y sus sentimientos era él, nadie más. Y eso no la molestaba ni la perturbaba en lo absoluto.

Los impactos se volvieron más precisos e intensos. El brazo de Erik tomó diferentes direcciones porque estaba dispuesto a generar dolor y placer en varias partes del cuerpo de ella. En los muslos, en el culo, en la espalda con esa curva divina y también en los brazos.

Sin embargo, le gustó encontrar el balance al darle unas cuantas mordidas e incluso, lamidas. Él era quien le provocaba las heridas, pero también la persona que haría lo posible por curarlas. Era un ente dual entregado a la misión de hacerla suya de todas las maneras posibles.

Lorena sentía que ya no podía más. Cada impacto sobre su piel era sinónimo también de chorros y chorros de fluidos que salían de su cuerpo. El palpito de su coño era intenso, desenfrenado. Incluso pensó que se desvanecería en cualquier momento.

Sin embargo, él estaba allí para asegurarle que las cosas no terminarían tan pronto como pensaba. Erik haría lo posible por traerla a la realidad, por hacerle sentir que todo lo que fuera capaz pero con la suficiente consciencia para ello.

Entonces, quizás producto de la propia desesperación, Erik soltó el látigo dejándolo caer al lado de ella. Se echó para atrás y observó las heridas de su espalda y del resto de su cuerpo. Ese lienzo blanco, puro y de textura suave, ahora se había convertido en la superficie del control y el deseo.

El morbo nació en él con un impresionante ímpetu. No se imaginó que se encontraría alguna vez en esa situación, sobre todo porque siempre se había caracterizado por ser una persona contenida y bajo control. Pero ahora, tal y como lo percibió la primera vez, él se convirtió en un hombre diferente.

Se arrodilló sin hacer el mayor ruido, por lo que su rostro quedó justo en la altura de las nalgas de Lorena. Tomó ambas partes con sus manos, con decisión y fuerza, apretándolas y manoseándolas. En seguida, escuchó los gemidos de ella y pudo notar los hilos de fluido que salían de su coño húmedo. Ella estaba más que lista para él.

Siguió manoseándola, hasta que se decidió por comérsela desde esa posición. Sacó su lengua y la llevó directamente a ese interior cálido y delicioso. Procedió a comérsela por entero, mientras Lorena se debatía entre el dolor y el placer. Los dos estaban en un trance exquisito.

Le chupó el coño y el culo con tan ahínco que casi se desconoció a sí mismo. Lo hizo con agresividad y en uno de sus momentos de lucidez, imaginó que ella lo rechazaría de inmediato. No obstante, no fue de esa manera, de hecho, percibió que Lorena se estaba volviendo cada vez más adicta a esas sensaciones. Así que no se echaría para atrás.

Terminó de darle placer con su boca para incorporarse una vez más. Quedó detrás de ella y con una de sus manos, tomó la cintura de Lorena con firmeza. Con la otra, mientras, le sostuvo el cabello, halándoselo y provocándole una exclamación de placer y también de conformidad.

—Vas a aprender a cómo ser una buena esclava.

—Sí... Claro que sí. —Ella apenas respondió.

Erik se plantó bien en el suelo y abrió las piernas para tener un poco de firmeza en su postura. Al estar cómodo, dejó que su verga se deslizara por entre las nalgas de ella. Incluso, su glande rozó un poco con el coño de Lorena, hasta llegar a su clítoris.

Comenzó a moverse un poco, a masturbarla de esa manera. Gracias a ello, ella no paró de gemir en ningún momento. Erik por supuesto que se sintió más poderoso que nunca, sobre todo porque los ruidos que ella hacía le resultaban estimulantes. De hecho, llegó a pensar que podría quedarse allí, durante todo un rato sólo por el hecho de escucharla de esa manera.

Sin embargo, él era un hombre que dentro de todo era impaciente, así que se preparó para penetrarla porque sintió que su verga iba a explotar en cualquier momento. Se preparó lo mejor que pudo y lo metió en el coño de un solo movimiento.

De inmediato, su polla quedó empapada de los fluidos y también envuelta en el calor del interior de esa mujer. Él aprovechó el momento para juntarse mucho más y así proceder a sentirla más cerca, a fundirse casi con su cuerpo. Fue entonces cuando los dos comenzaron a hacer ruidos al unísono, sin parar.

Siguió penetrándola de esa forma hasta que deseó llevársela consigo. Entonces, se desprendió de ella y procedió a quitarle los amarres uno por uno. Lorena, debido a la excitación, todavía estaba un poco atontada, así que Erik la ayudó a bajarse de la equis de madera y la sostuvo entre sus brazos por un rato.

Durante ese instante, él experimentó una especie de calor en la boca del estómago. Una sensación que no supo describir con demasiada precisión. La miró a los ojos y pareció comprender todo aquello de lo que había huido en alguna oportunidad.

Lorena no sólo le causaba un morbo potente, una necesidad anormal de devorarla, sino también ansiaba abrazarla, estar con ella, entregarle algo que vivía dentro de él.

Le tomó el rostro y la besó con suavidad, delicadamente. Ella cerró los ojos y sintió los movimientos lentos y sensuales de los labios de él fundiéndose con los suyos. Sus lenguas también se buscaron y sus cuerpos quedaron en uno como si fueran uno solo.

Para Lorena, este momento también fue revelador, pero no pudo pensar más porque justo en ese instante, él la tomó entre sus brazos y se la llevó de allí en dirección a la estancia superior de la cabaña.

No se dejaron de ver durante todo el rato que estuvieron allí, los pasos lentos de Erik eran intercalados por besos suaves y también apasionados.

Finalmente, ambos llegaron a la habitación y él procedió a dejarla sobre la cama con sumo cuidado. Lo menos que quería hacerle, era provocarle más incomodidad. Se dio cuenta que la estaba tratando como el objeto máspreciado del mundo, y de alguna manera así lo era.

Ella se quedó tendida sobre la cama y él aprovechó para juntarse en ella delicadamente. Los dos quedaron envueltos en un abrazo y en seguida comenzaron a besarse, esta vez, sin desenfreno. Estaban desesperados por tenerse el uno y el otro.

Irónicamente, su secuestrador se convirtió también en esa respuesta que había buscado toda su vida. Lorena encontró un sentido abstracto y fascinante de la vida. Halló una manera interesante de ver las cosas y de comprenderlas mejor.

Como el resto de los mortales, pensó que su destino era seguir una especie de guión, pero se encontró en una situación tan diferente, tan fascinante, que sentía que su futuro era mucho más que estar sentada en un escritorio escribiendo informes sin parar. Estando con él, descubrió una faceta que no pensó que experimentaría y que, de paso, le encantaba.

Continuaron con el sexo que dejaron pendiente en el sótano. La verga de Erik se adentró de nuevo en el interior del coño húmedo y caliente de Lorena porque deseaba unirse con ella cada vez más.

Entonces, Erik se incorporaba un poco y le tomaba los tobillos con la intención de abrirle más

las piernas y, por ende, meterse cada vez más y más. Por supuesto, eso se tradujo en más gritos, más gemidos y más expresiones deliciosas de placer. Erik estaba en el cielo.

Sin embargo, a pesar de toda la lujuria que estaba viviendo con ella, aprovechó el momento para volver a concentrarse en su mirada. Se topó entonces con esos ojos verdes, brillantes y centrados en él. Detalló el espacio pequeño de su boca entreabierta y del rubor que tenía en las mejillas.

Lorena era una chica hermosa y estaba dispuesta a hacer lo posible por ella, por hacerla sentir libre y también satisfecha, aunque eso significara su propio sacrificio.

Volvió a mirarse y a unirse entre sí. Las manos de ella se dispusieron a acariciar el rostro de él con suavidad y sintió que había algo mucho más fuerte que los estaba uniendo en ese momento. Sonrió para él y para hacerle entender que podía ir tan lejos como él quisiera. Sólo sería cuestión de que se lo pidiera.

Justo después de tener esos pensamientos reveladores, Lorena comenzó a experimentar un fuego interior producto de que estaba muy, pero muy cerca de correrse. Tomó con fuerza las sábanas e hizo el esfuerzo de no correrse a menos de que él se lo pidiera. Ya había aprendido que su voluntad estaba ligada a la de él y que las cosas tenían que ser de esa manera.

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior con un poco de fuerza, mientras continuaban las embestidas deliciosas de Erik. Él, mientras, seguía empujando su miembro, adentrándose más y más a esas carnes que tanto le gustaba.

Sus manos tomaron la cintura de ella, con la intención de sujetarla con fuerza y también para tener un mejor punto de apoyo. Le encantó ver cómo sus dedos quedaban también marcados en la piel de ella, quizás producto del afán de hacerla sentir que le pertenecía.

Entonces se inclinó ante ella y comenzó a besarle el cuello. El aliento caliente de su boca se extendió por toda esa parte y Lorena sintió que ya no podría más. Entonces, fue cuando él le ordenó que se corriera para él y fue como esa primera vez. Dejó libre por fin esas sensaciones que tenían encerradas.

Sus muslos comenzaron a temblar como el anuncio de un orgasmo imparable y fuerte. De un momento a otro, Lorena se corrió con la polla de Erik aún dentro de ella. Pero, a diferencia de la primera vez, ella completaría su misión de manera extraordinaria.

Erik sacó su miembro y se dispuso a ir a apartarse un poco, cuando miró a una Lorena un poco turbada, con rostro de sumisión entera. Él comprendió que la transformación de ella por fin se había completado, así que estaba curioso por saber lo que ella haría después.

Como pudo, Lorena se arrastró por la cama hasta que quedó de rodillas sobre el suelo. Estando allí, alzó la mirada para encontrarse con los ojos de Erik, quien estaba preguntándose qué haría ella estando en esa posición.

Lorena se acomodó lo mejor posible y hasta puso sus manos detrás de la espalda, juntando los dedos. Inclinó la cabeza para llevarla hasta el glande que estaba empapado por sus jugos y, justo allí, abrió la boca para metérselo todo. Por completo.

Al principio, le costó un poco, pero las arcadas y el esfuerzo, le valieron el esfuerzo y también los gemidos de ese hombre que parecía que ya no podría más.

Erik pareció volverse casi loco cuando pilló esos hilos de saliva que salían de la comisura de los labios de ella, se emocionó cuando la vio hacer ese vaivén con cada vez más y más seguridad. Entonces, no le quedó de otra que tomarle por el cabello, sujetarlo con fuerza y ser un simple espectador del arte que ella estaba haciendo.

Siguió así, lamiéndolo, chupándolo, devorando cada parte hasta que Erik pensó que ya no

podría más. Se plantó con fuerza en el suelo y cerró los ojos y fue cuando él por fin descargó con fuerza todo su semen en la boca y en el rostro de Lorena.

Le costó creer que hubiera pasado tiempo para que se descargara de esa manera, pero la verdad fue que no podía más y se quedó un rato así hasta que por fin abrió los ojos y la encontró empapada de sus fluidos.

Hizo una leve sonrisa al verla así y también al darse cuenta de la manera en cómo se relamía los labios para recoger los restos de fluidos calientes que habían quedado en su boca. Ella lo miró con deseo, con entrega total y eso bastó para tomarla de los hombros y para darle un poderoso beso.

X

Ese encuentro sirvió para que ambos comprendieran muchas cosas. Para Erik, por ejemplo, el estar con ella le hizo darse cuenta que su vida tenía otro propósito y que, definitivamente, no podía dejarla en manos del sr. M, así que decidió que la dejaría escapar y que él haría lo posible para enfrentar las consecuencias de sus actos.

Mientras estaba en la cama con ella, mirándola dormir, quiso guardar el momento de tenerla así, muy junto a él. Quería preservar ese instante como si fuera un hermoso tesoro. La sujetó contra su cuerpo y se quedó pegado al de ella. Al día siguiente le diría su decisión.

El canto de los pájaros anunció la mañana y Lorena abrió los ojos con lentitud. Miró hacia la ventana y se dio cuenta que el día parecía que iba a ser más hermoso que nunca. Con una de sus manos, buscó el cuerpo de Erik pero no lo encontró. Tuvo la sensación de que algo iba a pasar.

Se levantó de la cama y se lavó la cara, se peinó un poco y se puso algo de ropa para buscarlo. Se paseó por la cocina y la sala pero el resultado fue el mismo, había una ausencia total.

Miró la puerta abierta y, al salir, lo encontró sentado en el mismo sitio de noches atrás. Estaba mirando el paisaje en silencio.

Ella se abrigó un poco y bajó las escaleras para encontrarse con él, se sentó a su lado y esperó a que le dijera algo. El corazón de Lorena latía con fuerza y pensó en lo peor. Tuvo miedo, pero decidió apostar por el amor que él no admitía por ella. Se aferró también al sentimiento que Erik le despertó en su alma.

—Estás aquí con un propósito diferente, pero he descubierto que conocerte ha puesto mis planes de cabeza y que, debido a ello, tuve que tomar la decisión de dejarte ir. Yo asumiré las consecuencias con mi empleador y con todos. Estoy listo.

Lorena sintió un enorme alivio porque confirmó lo que había sospechado, pero ella también tuvo una epifanía estando con él. Le tomó la mano con fuerza y lo miró a los ojos.

—Yo hubiera hecho lo posible por huir, estaba dispuesta a pelear, pero resulta que no puedo combatir contra un sentimiento que está naciendo en mi corazón. Simplemente no puedo.

Erik se quedó extrañado pero atento a lo que estaba a punto de decir Lorena.

—Vámonos, dejemos todo y sigamos. Tenemos la oportunidad de ser libres, seámoslo ahora.

—No puedo, no es justo contigo... Yo no puedo pedirte eso.

Lorena se acercó a él y lo besó con dulzura. En ese momento, Erik se percató que sus sentimientos eran correspondidos y que no había forma de que las cosas se echaran para atrás.

—Hagámoslo, Erik. No lo dudes.

A él se le llenaron los ojos de lágrimas y la besó con más fuerza. Lo hicieron por un rato y luego se echó para atrás.

—Te amo. —Le dijo él en un susurro y ella le sonrió.

Minutos después, ambos se levantaron y se subieron al coche que estaba cerca. No lo pensaron dos veces. El ruido de los neumáticos ahogó el repique de la llamada del sr. M. Por fin, ambos cortaron los hilos de quien se encargó de unirlos.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **haciendo click en este enlace**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis "La Bestia Cazada" para empezar a leer ;)

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros
www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo — Laura Lago

Romance. Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada — Alba Duro

Sumisión. Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total — Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me críe. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he

ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.